



BIBLIOTECA FEMENINA
DE
LA NOVELA FILM



HONRARÁS A TU MADRE

(Protagonista: MARY CARR)



N.º 4

UNA
PESETA



MILLARDE HARRY

BIBLIOTECA FEMENINA

DE

LA NOVELA FILM

∞∞ Calle de Lauria, núm. 96 - BARCELONA ∞∞

HONRARÁS A TU MADRE

(OVER THE HILL, 1921)

Adaptación del famoso poema
"Over the Hill", de Will Carleton

Sublime creación de la eminente
artista americana MARY CARR

Producción WILLIAM FOX

EXCLUSIVA DE
HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280: bajos - BARCELONA



J. HORTA, impresor - Gerona, 11
BARCELONA

HONRARÁS A TU MADRE

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

AL LECTOR

Nuestra historia es un canto de amor a la madre, canto de profundas resonancias que tiene trémolos de dolor y un arco iris de paz y de alegría como corona de una cabeza blanca de mujer que amó a sus hijos hasta el sacrificio.

Nuestra historia quiere ser como un altar erigido al corazón de las madres. ¿Y quién es el infortunado que no sabe de la inmensa ternura de un corazón maternal?

Lector:

Si has dejado que el tiempo o la distancia borrasen las facciones de la santa mujer que acunó tus primeros sueños; si has dejado que, bajo la losa del olvido, quedara sepultada la huella de los años de la infancia pasados a su amparo..., procura leernos recogido en el silencio de ti mismo y acaso logres entonces hacer surgir de las entrañas fecundas del recuerdo la expresión luminosa de aquel semblante bendito que guió con su sonrisa tus primeros pasos y puso besos temblorosos de luz en tu frente pura de niño.

Prohibida la
reproducción

Revisado por la
censura militar

VIDAS RECTAS

Comencemos presentando un sencilló cuadro de hogar, una escena de la vida íntima de una madre que tiene seis hijos que son como seis antorchas que alumbran los caminos de su existencia.

Es en las primeras horas de la mañana. La buena hada del hogar ya está en pie desde que amaneció. Todavía duermen sus niños y su marido. Ella es la única que, renunciando al descanso, va y viene por la casa con un doloroso gesto de fatiga, pero llena de dulzura y de resignación.

En un viejo reloj dan las ocho; el sonido apagado y triste de las campanadas, que se vierten lentamente por las abiertas esclusas del tiempo, contiene a la mujer en sus quehaceres.

—Ya es hora de que los pequeños se levanten— dice.

Con pasos medurados se dirige al dormitorio de las niñas. Vacila un instante; le da pena tener que interrumpir su sueño confiado y profundo.

Al fin se decide, y con la caricia blanda de sus manos despierta a sus hijas, Susana y Rebeca, dice con ellas la oración de la mañana y las ayuda a vestirse.

De pronto Rebeca se echa a llorar.

—¿Qué te pasa?

—Es que Susana me ha escondido el lazo.

—¿Cuál? ¿El que yo te regalé el día de tu cumpleaños?

Rebeca hace un ligero movimiento con la cabeza afirmando, y hunde su rostro suave de rubia en el regazo materno.

Hecha la paz entre las dos hermanas, llega para los niños el instante de levantarse.

De unas camas a otras va la buena mujer, rogando a unos y amenazando a los que se resisten a los ruegos; los pequeños gruñen y protestan. Ninguno quiere ser el primero en saltar del lecho.

—¡El que no se levante en seguida, se quedará sin desayuno!

Los rapaces se revuelven debajo de las ropas con marcada inquietud, y, poco a poco, el temor al castigo empieza a despabilarlos.

El rebelde e incorregible Juanito, la oveja descarriada de la familia, ordenó al perro, que dormía a los pies de su cama:

—Anda: quítale la sábana a Isaac.

Y el perro, adivinando los deseos de su amo, avanzó hasta la cama del mayor de los hermanos y, con sus dientes, pujó de las ropas, desesperando



El rebelde e incorregible Juanito, la oveja descarriada de la familia...

a su víctima, que quisiera seguir durmiendo y no puede.

—¿Por qué no lo echas de aquí?—pregunta Isaac a Juanito.

La respuesta es un almohadazo en las narices. Esta es la señal de la lucha, en la que intervienen los cuatro muchachos. Las almohadas vuelan por el aire. No se oye un grito, es un combate silencioso. Para ello hay una razón: en el mismo dormitorio duerme el padre, José, hombre poco amigo del trabajo, que no hace nada y se pasa el día protestando del actual orden de cosas, mientras su mujer se afana luchando desesperadamente por sostener su casa, en la que no entra más dinero que el que ella gana.

La lucha adquiere serias proporciones; todos los proyectiles son buenos para los infantiles combatientes.

—Este para ti, Isaac—dice Juanito, arrojándole un zapato.

—¡Para ese golpe, si puedes, Carlos!—anuncia Tomás, lanzando un cuadrante contra su hermano menor.

Y en el entusiasmo ardoroso de la pelea los cuatro muchachos no vieron cómo su padre, a quien el ruido no pudo menos de despertar, se incorporaba en la cama.

—¿Qué pasa aquí? ¡Quieto todo el mundo! Voy a arrancaros las orejas, granujas...

Una almohada mal dirigida se aplastó, desfundándose, en el rostro del hombre, ahogando su apóstrofe e inundándolo de plumas.

A pesar de lo grotesco de su aspecto, los pequeños quedaron inmóviles, mudos de espanto, presin-



... el padre, José, hombre poco amigo del trabajo...

WILLIAM WELCH

tiendo que el desenlace de aquella lucha en la que por modo tan inesperado intervenía su padre, iba a ser peligroso para la integridad física de sus turbulentas personillas.

No pasó nada, sin embargo. Ocupado en librarse de las plumas que la almohada había soltado sobre su cabeza, el hombre limitóse a decir dos o tres reniegos, poniendo en fuga a los muchachos.

—¡Diablo de críos!—exclamaba frotándose los ojos y rascándose las orejas, que le escocían.

Delante de un espejo, que le devolvió la imagen de su emplumado rostro, libróse en parte de lo que tanto le molestaba.

—¡Una almohada menos!—dijo con cierta amargura, como si esta pérdida le afectase mucho.

Expurgado de plumas volvióse a la cama, tendióse de nuevo y se dispuso a dormir como si no hubiera pasado nada.

Indudablemente, aquel hombre poseía una magnífica tranquilidad de espíritu para afrontar las contrariedades de la vida.

—Como me volváis a despertar—amenazó antes de cerrar los ojos,—os mondo.

Nadie chistó. Los pequeños conocían el genio de su padre, y quien más, quien menos, sabía por propia experiencia cuán capaz era de cumplir su amenaza.

Allá en la cocina, el ángel tutelar de la casa preparaba los desayunos. Hervida la leche y el café pronto, puso una sartén en la hornilla y en el aceite caliente echó harina. Poco después en una fuente se apilaban hasta ocho tortas, que manos diligentes untaron de miel.

¡Cuántas horas de vigilia representaba aquel des-

ayuno! Los niños no se daban aún cuenta de los trabajos que costaba a su madre sostener la casa. Ellos ignoraban las fatigas y sudores que pasaba para criarlos. Su padre era el único que podía advertirlo y, acaso por esto mismo, perfecto holgazán, haciase el desentendido.



Delante de un espejo, que le devolvió la imagen de su emplumado rostro...

Cuando la buena mujer reapareció en el dormitorio, los cuatro hermanos estaban vistiéndose.

—¿Qué tal has descansado, José?—preguntó a su marido que, vuelto de espaldas en la cama, había reanudado su tranquilo sueño.

El hombre asomó la cabeza, oculta entre las sábanas, y dijo con rudeza:

—¡Mal, he descansado muy mal! Hace una hora que esos pillos no me dejan dormir.

—No te incomodes. Ten en cuenta que son unos niños... Además, ya es hora de que te levantes.

—¿Tan temprano?

—¿Llamas temprano a las ocho de la mañana?

José no contestó; el silencio suele ser un excelente recurso para no dejarse vencer por la tentación de dar respuesta a las preguntas difíciles. Lanzó un suspiro muy hondo, como si fuera el ser más desgraciado de la tierra, escondióse debajo de las ropas y se dispuso a seguir durmiendo.

¡Vana ilusión! En el silencio del dormitorio alzóse irresistible un estruendo de gritos: eran las voces de los traviesos muchachos, que saludaban al nuevo día con una oración que parecía un himno bélico.

—¡Está visto que no se puede dormir!—gimió el hombre con no fingido desconsuelo.

Y de esta vez, forzado por las circunstancias, abandonó su regalado ocio, echándose fuera de las sábanas.

Juanito tenía miedo al agua, un miedo insuperable, sobre todo durante el invierno. No es que no fuera aseado y limpio; pero una cosa es el deseo de ser pulcro y otra muy distinta la realización de tan plausible deseo. El hubiera transigido con que se le quitase el polvo sacudiéndoselo, como se le sacude a un mueble; con lo que no transigía era con la obligación, que estimaba cruelísima, de poner la cabeza debajo del grifo. Esto se le antojaba superior a sus fuerzas. Si el agua, al menos, estuviese templada...

Su madre conocía semejante manera de pensar, y cuando el pequeño, algo receloso, dirigiase al comedor, en el que ya se encontraban sus hermanos delante de las tazas humeantes de café con leche, lo detuvo, preguntándole:

—¿Te has lavado?

Muy serio, Juanito contestó:

—Te lo aseguro, mamá... Acabo de hacerlo.

—Pues no se te nota.

Lo cogió de un brazo y le hizo volver el rostro, no diremos que sucio, porque tenemos simpatía por el chiquillo, pero bastante menos que limpio.

—¡Anda, poca vergüenza!... Lávatte en seguida; hoy no has probado el agua.

Un poco mohino, el rapaz humedecióse las puntas de los dedos y se dió la impresión de que se estaba lavando concienzudamente.

No le valió esta habilidad. Su madre, que lo vigilaba, vió lo que hacía, y, entre malhumorada y sonriente, sujetándolo por el cuello, lo fregoteó, sin dar oídos a sus lamentos.

He aquí el comedor del hogar. La mesa es larga y espaciosa. A ella están sentados todos los hermanos, menos Juanito: Isaac, el primogénito, que conserva en la memoria numerosas frases de la Biblia; Tomás, el segundo, que siente una inclinación decidida por las tortas de miel; Carlos, el menor, quien con unos cuantos trazos de lápiz o de carbón sabe reproducir la expresión del rostro más difícil, y Rebeca y Susana, que gritan desafortadamente si alguno de sus hermanos hace además de pellizcarlas.

Los cinco muchachos parecen tranquilos. Esperan a Juanito para comenzar a desayunarse, y

en cuanto éste llega la discordia estalla entre ellos.

Rebeca chilla porque le han pujado del pelo, llora Susana y Carlos protesta.

El rebelde muchacho se sienta y la calma renace.

Con voz severa, Isaac acusa:

—¡Tomás! ¡Todavía no has dicho la plegaria en acción de gracias!

—¡Tengo muchísima hambre, mamá!—asegura Carlos.

—Un poco de silencio—reclama la mujer, sirviendo los desayunos.

Una mosca revuela sobre la mesa; es una mosca de invierno que presagia la muerte y zumba débilmente. El feo insecto percibe el calor que despide el café, y con el instinto de un suicida se precipita en una de las tazas.

Juanito contiene una exclamación de rabia y atisba a sus hermanos. ¿Habrá visto alguno de ellos caer la mosca en su taza? Con sumo cuidado extrae la mosca con la cuchara, mira a su alrededor... De pronto, ¡zas! el rostro de Isaac queda pringado de sopas.

—¿Quién ha sido?

Nadie contesta. Juanito, con la cabeza inclinada, revuelve su café.

—¿Quién ha sido?—vuelve a preguntar furioso Isaac.

Pero él adivina quien es el culpable y se arroja sobre Juanito con la superioridad que le dan los años. Caen derribadas las sillas, un plato se rompe y el escándalo arrecia.

Por fortuna para Juan, aparece su madre, atraída por el ruido. Ella restablece la paz con palabras bondadosas:

—¡Siempre estáis peleándoos!

—Yo no tengo la culpa—asegura Isaac.

Juanito calla.

—Van a dar las nueve; marchaos al colegio.

Concluído el desayuno, los niños obedecen la orden materna.

Isaac es el último en salir. Su conocimiento de los textos sagrados tráele a la memoria el versículo que dice: «No dejes que tu mano derecha sepa lo que hace tu mano izquierda», versículo que pone en práctica hurtando del aparador algunas monedas. Y como nadie le ha visto, bendice la enseñanza bíblica que le permite cometer una pequeña canallada sin sufrir las tribulaciones del que cae en pecado.

En el colegio, salón de gran amplitud, con un pasillo central que separa los bancos de los niños de los de las niñas, al lado de Rebeca tiene su puesto Isabel, graciosa chatilla, novia del díscolo Juan, a la que éste se dirige siempre que necesita resolver algún espinoso problema.

La profesora, una mujer alta, flaca y de carácter agrio, vigila a los alumnos desde lo alto de una plataforma.

Ha comenzado la clase.

Se oye el runrún de las voces infantiles en la lectura y el vago rumor de conversaciones sostenidas a la chiticallando. Entre las últimas, se destaca la que sostiene Juan y su novia.

—¡Isabel!

—¿Qué?

—¿Conoces la solución del problema?

—Lo estoy concluyendo.

—Bueno, pues cuando lo concluyas avísame.

Los amores de estos dos rapaces son como el prelude de una melodía latente en el pentágono del tiempo, como una esperanza de algo posible y lejano, como una promesa que mira hacia el porvenir. Ellos no necesitan decirse que se quieren. Se han puesto de acuerdo para ser novios sencillamente, y nada más.

A veces los gérmenes de esta clase de relaciones pueriles mueren a poco de nacer sin dejar nada tras de sí, pero a veces logran fecundar pasiones magníficas que los años maduran.

Hay que saber respetar estas aproximaciones de las almas, aun cuando, sólo por excepción, consigan, en la mayoría de los casos, salvar el obstáculo de la turbulenta adolescencia y de la inquieta juventud.

Complazcámonos, pues, en la mutua atracción que Juanito e Isabel sienten el uno por el otro.

Mas... ¿qué sucede?

Todos los alumnos han alzado la cabeza y miran a dos niños que acaban de entrar: una morenucha de seis años y un mocoso que apenas cuenta tres.

Ella es conocida. ¿Quién será el cagoncito que la acompaña?

Oigamos hablar a la muchacha.

—Señorita—dice, dirigiéndose a la profesora,—¿me permite que traiga a la escuela a mi hermanito Pepe? Mi mamá ha tenido que ir detrás de papá, para evitar que gaste el jornal, y no era cosa de dejar a éste solo en casa.

—Bien, bien... Siéntalo contigo y mucho cuidado con hacer bulla.]

Pasada la novedad, los alumnos vuelven a inclinarse sobre los cuadernos.

—¡Isabel!—llama Juanito.

—¿Qué quieres?

—¿No has concluído el problema?

—Me falta poco.

—Estás muy torpe hoy.

Isabel observa con extrañeza a su novio. Encuentra injusto que la califiquen de torpe.

—Si yo soy torpe, ¿por qué no lo haces tú?

La pregunta contiene tal evidencia que el muchacho queda perplejo.

—Es verdad—dice.—Ahora, que si tú eres torpe, yo lo soy más.

Isabel sonríe, le agrada la respuesta de su novio. Se pasa las manos por el rostro para apartar de los ojos unos bucles que le molestan y replica:

—No te preocupes; tendrás la solución.

Encantado, Juanito le da un pisotón a su vecino, que ahoga un grito devolviendo el golpe. Debajo de la mesa se arma un l o de puntapiés. Suerte que, en aquel momento, abrióse la puerta del aula y profesora y alumnos dirigieron la mirada a una cabeza negra y redonda que asomaba en el recinto del colegio sin decidirse a entrar.

El propietario de esta cabeza se llamaba Abraham y tenía la respetable edad de cinco años.

¿Cuál era el motivo que impedía a su cuerpo seguir a la cabeza?

Los ojos de Abraham, fijos en el reloj de la escuela, que señalaba las nueve y veinte, descubrían la causa de aquella indecisión.

La cabeza redonda y negra permanecía inmóvil. Su negrura, con esta inmovilidad, parecía acentuarse, y no vaya a creerse que estuviera tiznada con carbón. Se trataba de una cabeza autén-

ticamente negra, puesto que su dueño era un negro legítimo, hijo de negros y nieto de negros.

Como todo tiene término en este mundo, también las vacilaciones del preocupado y temeroso Abraham tuvieron su fin. Entrando de lado, el negrito se detuvo delante de la profesora, la cual le dijo secamente:

—Otra vez has llegado tarde.

Abraham extendió el brazo, ofreciendo a la señorita una hermosa fruta. Había supuesto que no le iban a recibir muy bien y se había precavido.

—Supongo que esto es una ofrenda de paz—expuso la maestra, tomando la fruta.

El negrito creyó, sin duda, que ella llamaba «ofrenda» a la fruta, y con su voz atiplada replicó:

—No... es una manzana.

Y satisfecho de haber aclarado aquel punto, fué a sentarse en su sitio, lugar humilde situado en la abertura de la mesa de la profesora.

* * *

Mientras la clase prosigue y Juanito medita una travesura, volvamos nosotros un momento al hogar en el que se ha quedado la buena madre con su marido.

Ella parece cansada. Al marcharse los niños a la escuela, su voz, un poco doliente, llamó:

—José, cuando quieras puedes venir a desayunar.

Había en sus palabras una grave mansedumbre y en sus ojos se dijera como si la mirada temblase.

José estaba disgustado de la vida, que a juicio suyo mostrábase injusta con él. Tenía un gran concepto de sí mismo, de sus aptitudes y de sus facultades, y el hecho de llevar una existencia apacible, sin hacer nunca nada, viviendo del trabajo de su mujer, no bastaba a colmar sus ambiciones.

¿Qué es lo que quería entonces?

No lo sabemos. Y no nos duele confesar nuestra ignorancia, porque es muy posible que el interesado tampoco supiera lo que quería. Estamos seguros de que si se le preguntase cuáles eran sus deseos, su respuesta fuera la siguiente:

—Lo único que deseo es que me dejen en paz.

No obstante su holgazanería, él no se privaba de nada.

Después de tomar el desayuno, llenó la pipa, cogió el periódico y tumbóse en un sofá.

En la cocina, su mujer planchaba. Durante algunos minutos, en la casa no se oyó otro ruido que el que producía la plancha.

—¿Por qué no trabajará?—se preguntaba, pensando en su marido.

Dejó su tarea y se aproximó a José, que se incorporó, sentándose en el sofá.

—No me encuentro hoy bien—comenzó diciendo la esposa.

José frunció el ceño.

—Y no es que me queje—añadió.—Pero la verdad, de poco tiempo a esta parte me escasea el trabajo de costura.

—¿Y qué? ¿Pretendes acaso que yo camine legua

y media todos los días para ganar veinticinco duros al mes?—repuso el hombre con dureza.—¡En calzado gastaría más!

—Peor es no ganar nada.

—¡Valiente necesidad!... Cuando encuentre quien me pague lo que merezco, trabajaré; antes, no. Oyelo bien, María: ¡antes, no!

Llena de pesadumbre, María reclinó la cabeza en el hombro de él. La apenaba aquella manera de ser del padre de sus hijos, pero no se oponía a su voluntad. Conocía su destino de mujer, y su corazón de esposa y de madre siempre se hallaba dispuesto al sacrificio.

José no se enterneció ante la actitud de abandono de su compañera y levantóse para no sufrir sus lamentos de víctima.

Ella no dijo nada; tenía espíritu de renunciación.

Y otra vez, en la caseta humilde, no se oyó otro ruido que el de la plancha en la tarea penosa a que la buena mujer se sometía para sostener su hogar.

*
* *
*

Ya estamos de vuelta en la escuela.

Debajo de la mesa de la profesora, Abraham es el blanco—un blanco muy negro—de las muecas de sus compañeros; pero a él, estas burlas le dejaban frío.

El murmullo de las voces de los alumnos semejaba un mosconeo. Algunos ojos espiaban a la maestra, cuya presencia contenía a los más tra-



...apoyando una rodilla en el banco, apuntó a la cabeza negra y redonda de Abraham...

viesos, de los cuales Juanito era el que más deploraba la vigilancia a que los sometían.

Transcurría la mañana sin que al inquieto muchacho se le presentara ocasión de hacer una de

las suyas, y la forzosa inmovilidad que refrenaba sus ímpetus comenzaba a resultarle excesiva.

Así las cosas, presentóse en el aula Tomás, que pertenecía a otra sección. Traía un encargo del director del colegio para la profesora.

Aprovechando lo favorable de las circunstancias, Juanito se introdujo en la boca un pedazo de papel que masticó de prisa, convirtiéndolo en un excelente proyectil para su tirabalas. En seguida, apoyando una rodilla en el banco, apuntó a la cabeza negra y redonda de Abraham y la bala partió, yendo a dar... en el rostro de la maestra.

Irritada y violenta, sonó su voz:

—Tengo que marcharme ahora, pero a mi regreso averiguaré quién ha sido el culpable, aunque tenga que pasarme aquí toda la noche.

Salió, siguiendo a Tomás, y en el acto todos los pequeños, abandonando sus puestos, proclamaron su voluntad de hacer lo que les diera la gana.

Carlos, el artista de la familia, acercóse al encerado y rápidamente hizo la caricatura de la profesora, mientras Juanito, desde la puerta, actuaba de centinela, animando a sus compañeros a romper con toda disciplina.

—¡Que viene la maestra!

Este grito equivalió a un «¡Sálvese el que pueda!»

La regidora de aquel torbellino de chiquillos apenas si advirtió señales de lo que acababa de pasar. De pronto sus ojos se fijaron en el encerado, y la clase entera se estremeció ante el gesto que hizo.

Los alumnos no alentaban, esperando con indcible pánico el estallido de su cólera.

Siguió un largo silencio.

Las miradas de la profesora pasaban sobre las cabezas de los niños buscando al autor de la caricatura.

Carlos sintió que se detenían en él.

—¿Has sido tú? —oyó que le preguntaban.

A su lado, la maestra, blandiendo una regla, esperaba consumida de impaciencia.

—¡No, yo no fui! —gimió el muchacho.

—Entonces, si tú no fuiste, ¿quién ha sido?

Carlos alzó los ojos enturbiados de lágrimas, los dirigió a su hermano, cuya fama de travieso podía servirle de descargo y mintió:

—Ha sido Juanito.

—¿Es eso verdad?

Juanito dudó un segundo y asintió con la cabeza, aceptando la responsabilidad de la falta que no había cometido.

—La clase ha concluído —añadió la profesora.— Podéis marcharos todos, menos Juan.

El muchacho se levantó de su asiento.

—¿Qué es lo que escondes?

Acababa de caerle el tirabalas. La maestra se apresuró a cogerlo.

—¿De modo que también has sido tú el autor de la otra hazaña?

Juan dobló la cabeza.

Salieron los alumnos. A Rebeca, la maestra le dió una carta para sus padres dándoles cuenta de la conducta de su hijo, que se quedó solo en la escuela, de pie en la plataforma en que la profesora tenía su mesa, esperando el castigo.

Ella desapareció, volviendo al poco con una larga y flexible vara.

Detrás de los cristales de las ventanas que daban

a la calle el niño pudo ver la atónita expresión de Isabel, su novia, que a duras penas contenía el llanto, asustada por la suerte de su amigo.

Serio, impasible, Juan miró la vara que le mostraban. No imploró, sin embargo. Inmóvil y silencioso, sintió como azotaban las partes carnudas de su cuerpo.

La profesora acompañaba los golpes de palabras irritadas:

—¿Sabes lo que has hecho? Me has ofendido, y además de ofenderme, te has burlado de mí.

Su brazo descargaba la vara una y otra vez, estriando de rojo las carnes del chiquillo.

Detrás de los cristales, Isabel se mordía las manos para contener sus gritos. La niña sufría con el castigo de su novio.

—¡Quiero que no olvides esta corrección! —exclamaba la profesora.— ¡Quiero señalarte para que no vuelvas a hacer menosprecio de mí!

Y su mano dura oprimía la vara, descargándola con fuerza contra las espaldas del rebelde alumno.

Era una flagelación cruel, que se alargaba angustiosamente. Para disminuir el efecto del golpe Juan encogía la cintura, tratando de substraerse a la bárbara virulencia de aquel suplicio.

Al fin la maestra, aplicando un último varazo, dijo:

—Ya tienes bastante por hoy. Vete a tu casa.

Isabel le esperaba a la puerta. En cuanto lo vió, corrió a él y, poniéndose en las puntas de los pies, besólo en las mejillas.

—¿Te ha dolido mucho? —preguntó bañada en lágrimas.

El fosco semblante del muchacho animóse con una sonrisa.

—No creas; pensé que me hubiera dolido más. Pasó el brazo por el cuello de su novia y agregó:

—Tú sabes que yo no fui quien hizo la caricatura... y ya ves, sin embargo, me ha pegado como si la hubiera hecho.

Los sollozos de Isabel acrecieron en intensidad. Parecía que fuera ella la que había sido castigada.

Juanito condolióse de la pena de la niña, a la que trató de consolar, enjugándole las lágrimas con un pañuelo.

—No seas tonta, no llores. ¿Lloro yo acaso?

—Es que te dió muy fuerte.

—¿Quién se acuerda ya?... ¡Ea! Dame un beso.

Isabel se irguió y puso sus labios en el rostro de su novio. El pasóle de nuevo el brazo por el cuello y juntos prosiguieron su camino.

A pesar de sus pocos años, en ellos apuntaban los sentimientos que más tarde, la vida, debía confirmar: era en él la firmeza de carácter, el dominio de sí mismo y cierta confianza en sus propias fuerzas para resistir los embates de la adversidad y servir de apoyo a las débiles criaturas que se pusieran bajo su amparo, y era en ella el sentido profundo y amable de la ternura y de la constancia.

A la puerta de la casa de Isabel, los dos niños se despidieron.

Juanito siguió hacia su casa, donde le esperaba la cólera de su padre, exacerbada por la lectura de la carta de la maestra.

—Otra queja por el mal comportamiento de Juan—dijo José, después de leer la misiva de la profesora.—¡Ese muchacho es una calamidad!

La energía que no gastaba en el trabajo, aquel padre solía emplearla con sus hijos.

—Y la culpa es tuya—añadió, dirigiéndose a su mujer.—Si no consintieras tanto al chico y salieras siempre en su defensa, otra cosa sería.

—Cálmate, José—repuso con suavidad la buena madre.—Juanito es travieso, pero no es malo.

—Es ruin, y eso es peor.

—¿Ruin mi Juan? ¡No sabes lo que dices!... Todo lo revoltoso que tú quieras, pero bueno también.

El hombre volvió la espalda y se retiró rezongando amenazadoramente.

Cuando el muchacho llegó, su padre no estaba. Un poco temeroso, se acercó a su madre.

—¿Por qué haces esas cosas?—le preguntó ella.

—¿No sabes de siempre que me causan mucha pena?

—No tuve intención de dar a la maestra—disculpóse el niño.—Lo que pasó fué... que no apunté bien.

Al niño le afligía la pena de su madre, que le acariciaba con dulzura.

Su padre volvió en aquel instante, y por su actitud Juan adivinó lo que le esperaba.

Quiso librarse del peligro, tuvo la intención de huir, mas allí estaba Isaac para impedirlo.

—¿De modo que haces caricaturas de la maestra?

—le dijo José, cogiéndolo de un brazo.—Pues te voy a dibujar yo a ti una en el cuerpo, de la que te vas a acordar toda la vida.

El niño miró a su hermano Carlos y guardó silencio, y tampoco reveló la verdad cuando su padre lo arrastró hasta su cuarto.

Una bofetada le hizo caer de rodillas.

En la puerta aparecieron María y sus hijos. Ella temblaba con toda su figura achicada por el dolor.

—¡José, no le pegues!—gimió.

Sordo a este ruego, el hombre se puso a azotar al pequeño.



—¿Por qué haces esas cosas? ¿No sabes de siempre que me causan mucha pena?

—¡José, que es mi hijo!

Con súbita entereza, la mujer sujetó a su marido.

—¡Déjalo!

Aprisionó a Juan entre sus brazos y volvió a decirle:

—Sé bueno, hijo mío... Sé bueno, aunque solo sea por mí.

Y el niño, que no había llorado al sufrir el castigo, lloró entonces oyendo la queja de su madre.

José no había quedado satisfecho y murmuraba:

—¡Eso es! ¡Mimos encima!... ¡Granuja!



...el perro cerró la puerta y, apoyando en ella las manos, continuó ladrando.

Subió a su habitación, perseguido por el perro, que le había ladrado mientras golpeaba a su amigo, a los pies de cuya cama dormía todas las noches.

El hombre se volvió hacia el animal, que se hizo atrás. Luego, con admirable prudencia, el perro cerró la puerta y, apoyando en ella las manos, continuó ladrando.

Horas después, acostados ya los niños, la buena madre reanudaba el trabajo, porque la jornada para ella no concluía sino hasta altas horas de la noche.

Tranquilo, fumando su pipa, su marido la miraba sin sentir el menor deseo de acudir en su ayuda.

Aquel día había sido de prueba. Un gran cansancio dominaba a la mujer. Pasóse las manos por la frente y buscó apoyo en el borde de la mesa para no caerse: acababa de sufrir el amago de un vértigo.

José le trajo un vaso de agua.

—Aquí te lo dejo... por si te vuelve a dar el mareo.

Dicho esto, retiróse a descansar sin que sombra alguna o' scureciera su mente.

Muchas veces, viendo rendida a su mujer, le había aconsejado:

—No trabajes tanto, ni te des tanta prisa... Hay tiempo de sobra.

Claro, para él todo el tiempo sobraba; nunca conoció su valor, y suponía que a los demás sucediales lo mismo. Ella era la que se daba cuenta de la fugacidad del tiempo, y parecíanle cortos el día y la noche para subvenir a las necesidades de su casa.

.

Un silencio profundo llena el hogar. Sola, bajo la luz de la lámpara, la buena madre se afana en

su labor. Un momento se detiene. Le duele un pie y se quita el zapato.

—Está roto—dice.

Y, sentándose, se pone a coser la suela, porque para que sus hijos vayan calzados es necesario que ella se imponga el sacrificio de andar con los zapatos rotos.

Pasó el perro. La mujer vió al animal tenderse a la entrada del dormitorio de los niños.

—¡Hasta él puede tenderse a dormir y a descansar... y yo no!—exclamó.

Acordóse de sus hijos y su cuerpo encorvóse sobre la mesa para reanudar el duro trabajo en que se empeñaba con la esperanza de sostener aquel hogar, cuyo peso aguantaba ella sola sin lamentarse nunca, porque en su maternidad hallaba fuerzas que la sostuvieran en los momentos de duda o de fatiga.

II

LOS SACRIFICIOS HEROICOS

Durante veinte años, la madre ha luchado sin tregua. Fué esta una época de escasas alegrías, sólo compensada por el placer de ver cómo los hijos, de niños que eran, se convertían en hombres. Para el afán de cada día, ella tuvo siempre una sonrisa y la inquebrantable voluntad de seguir adelante.

Ahora, la madre es una abuelita, pues no en vano ha transcurrido el tiempo... Cinco de sus hijos han abandonado la casa paterna—materna en este caso—para constituir nuevos hogares.

Hoy es un día señalado. Cumple años la viejecita, grata excusa para sentar a su mesa hijos e hijas, con sus mujeres y maridos y toda la chiquillería.

Sin embargo, aunque tales reuniones menudean, ninguno de ellos ha preguntado nunca de dónde sale el dinero para celebrar tan alegres fiestas.

¿Existe algún cuadro más hermoso que el semblante materno en su marco de hilos de plata?

Hay en él una expresión inefable, de una acabada dulzura; y en este día parece que su gesto se exalta y suaviza.

Los viejos se han levantado muy temprano. Necesitan hacer muchas cosas antes de que lleguen aquellos a quienes esperan.

Ella y él, con sus nombres claros, evocadores de la Sagrada Familia, se gozan en llamarse, haciéndose el uno al otro sencillas recomendaciones.

Están en el jardín de la casa recogiendo flores; las manos acariciadoras de los dos ancianos van cortando las de colores más vivos y perfume más penetrante.

—Con las clemátides se puede hacer un bonito ramo, José—dice la abuelita.

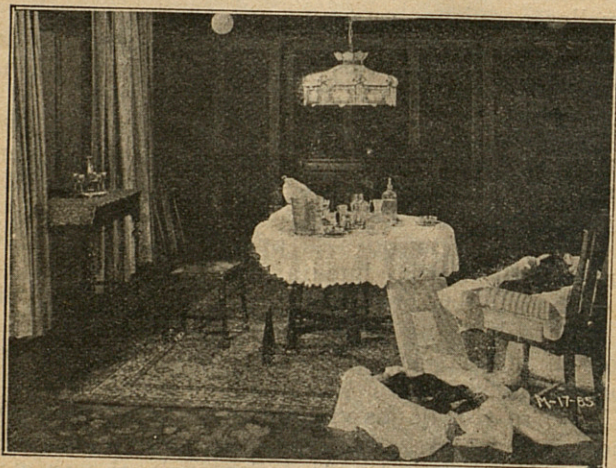
—Coge tú las hortensias del macizo—indica él.

—Ya sabes que a Susana le gustan las rosas... No son muchas las que se han abierto este año, por desgracia.

Y los rostros de los viejos asoman sonrientes por encima de los brazados de flores.

Cuando son muchos los años suele el carácter tornarse voluble, perdiendo la serenidad de la edad adulta. Se da entonces el curioso espectáculo de que los ancianos adquieran costumbres infantiles y que en sus actos y en su lenguaje se parezcan a los niños. Y es que, en el declinar de la vida, lo mismo que en su nacimiento, el espíritu se halla turbado por un estupor misterioso, pues entre lo que nace y lo que muere no hay sino un solo misterio: la vida que empieza y la vida que acaba, dos efectos distintos de una causa idéntica.

Viene esto a cuento de que la abuelita, lejano ya el recuerdo de los días en que la tenacidad doblaba su energía para hacer frente a las exigencias de su hogar, habíase transformado en una mujer de risa pronta, un poco pueril en sus maneras y amiga de juegos cuando tenía los nietos a su lado. Agradá-



La casa habíase engalanado para recibirlos.

bale que sus hijos la mandasen, plegándose con gusto a sus deseos, y sonreía si alguno de ellos atreviase a contrariarla y aun a regañarle.

No así su marido. Conservábase éste demasiado fuerte, con los recursos de su voluntad todavía intactos. La fácil existencia que había llevado no le debilitó y él era ahora el árbitro en su casa.

Algunas veces parecía dominado por profundas inquietudes. Volvíase hosco, no hablaba y procuraba aislarse. Nadie sabía a qué atribuir tales cambios, y él tampoco descubría a nadie lo que le pasaba.

Mientras cogían flores, José, hurano y parco en palabras, por momentos quedábase inmóvil, la frente fruncida y los ojos dirigidos a un punto lejano del espacio.

—¿En qué piensas, José?

La pregunta de María volvía a la realidad.

—Pienso en mis cosas—contestaba secamente.

—¿No puedo saber yo qué cosas son esas?

—¡Bah! No te interesan...

La abuelita suspendió su tarea y miró a su marido, que había inclinado la cabeza para ocultar su turbación.

—Démonos prisa—añadió José, queriendo desvirtuar el sentido de su última frase.—Pronto llegarán los muchachos.

El curso de los pensamientos de la mujer cambió de rumbo pensando en sus hijos.

Estos fueron apareciendo, antes de media mañana, unos tras otros, pues no todos vivían en el mismo punto.

La casa de su madre habíase engalanado para recibirlos.

La abuelita acogía los con cariño, pero a los nietos prodigábalos sus caricias con más entusiasmo, pues es ley de naturaleza que los padres se amen en sus hijos y más aún en los hijos de sus hijos, que si el jardinero se cuida de las ramas fuertes de sus árboles, con mayor solicitud atiende a proteger la naciente vida de los vástagos tiernos.

Todos reunidos en el antiguo comedor familiar,

presentóse a saludarlos Juan, el único que no había salido del lado de sus padres y que seguía siendo el muchacho alegre de sus años infantiles.

Su presencia hizo torcer el gesto a Isaac, el cual continuaba siendo tan aficionado como antes a los versículos bíblicos y haciendo lo posible por impedir que su mano derecha se enterase de lo que hacía su izquierda.

Alto, desgarbado, austeramente vestido de negro, severo el rostro y la mirada recelosa, daba la impresión de un hombre falso, de pensamientos oscuros.

Nunca, ni aun en los años de la infancia, pudieron llevarse bien los dos hermanos: la nobleza de Juan chocaba con la doblez del primogénito.

La abuelita, a la que no se ocultaban las diferencias que separaban a sus dos hijos, quiso aprovechar la oportunidad de la fiesta para reconciliarlos.

—Isaac y tú—dijo a Juan—hace mucho tiempo que estáis disgustados y eso no debe continuar. Hoy es mi cumpleaños y quiero que olvidéis vuestros resentimientos... que os déis las manos como hermanos que sois.

Noblote como era, Juan se apresuró a satisfacer los deseos de su madre, tendiéndole la mano a Isaac, mas éste, inflexible, seco a la voz de la anciana, negóse a la reconciliación con las siguientes palabras:

—La Biblia dice: «El que toque pez se manchará.»

La risa clara y sonora de Juan y su mirada franca glosaron con su comentario el versículo bíblico citado por su hermano.

Isaac volvióse a su madre.

—¿Por qué persistes en defenderle?—preguntó.

—Mil veces te he dicho lo que es: un inútil que seguramente no acabará bien.

La abuelita replicó con su lenguaje lleno de mansedumbre:

—Eres rencoroso, Isaac, y yo no quiero que lo seas.



— Isaac y tú hace mucho tiempo que estáis disgustados, y eso no debe continuar...

—¡Soy justo!

De nuevo oyóse la risa de Juan, a la que siguió un silencio cortado por un nuevo ruego materno:

—Daos la mano, hijos míos.

Esta vez ninguno de los dos se movió de su sitio.

—Cuando releas la Biblia—dijo Juan, dirigién-

dose a su hermano,—fíjate en lo que dice de los hipócritas.

Herido en lo vivo, Isaac se encaminó hacia la puerta, como hombre digno que no se halla dispuesto a permanecer bajo el mismo techo que cobija a su ofensor.

—¡Quédate—le gritó Juan;—la comida está a punto de ser servida... y *no te costará un céntimo*.

Isaac dudó, solicitado por sentimientos contrarios; pero como su intención no había sido, en modo alguno, la de marcharse, optó por quedarse, siguiendo el consejo que le daban.

A pesar de la nube con que los dos hermanos ensombrecían la dicha de su madre, ésta sentíase feliz teniendo a su alrededor sus únicos y amados tesoros: sus hijos. Ningún bien comparable al que disfrutaba entonces cerca de los seres que constituían la fuente de todas sus alegrías y de todos sus pesares.

Inquietudes de todas las horas, preocupaciones de todos los instantes, temor de los peligros que acechan, miedo de las enfermedades que amenazan la vida, duda respecto del incierto porvenir, afanes de todos los momentos... todo esto y mucho más significaban para la abuelita aquellos hijos a los que había dedicado la vida entera.

¡Cuántas angustias, cuántas amarguras hubo de sufrir antes de que se fueran desgajando del hogar, para constituir nuevos hogares!

Por eso hoy sonrío dichosa, satisfecha del premio que la vida quiso otorgar a sus desvelos y sacrificios.

¿Qué menos que ellos, en pago, le den ahora un poco de cariño? Ella no pide más.

Sus ojos van de unos a otros haciéndoles este ruego y en sus labios tiemblan palabras que no llegan a pronunciarse.

—Sed buenos—parece decirles, como cuando aun eran niños.—Amaos lo mismo que yo os amo. Y pensad todos los días, aunque sólo sea por el breve espacio de un segundo, en esta viejecita que no tiene corazón más que para quereros.

Y en la mirada que les dirige esta imploración se enciende con un resplandor de las pupilas y se apaga en las puras aguas de una lágrima.

* * *

La reunión familiar prolongóse durante varios días, sin que la turbara el antiguo resentimiento existente entre Juan e Isaac, ya que los dos ponían buen cuidado en no provocarse, por amor a su madre el primero, y por personal conveniencia el segundo.

Isaac era un hombre práctico y le hubiera molestado mucho tener que renunciar a las ventajas de una estancia gratuita en la casa de sus padres.

Pero henos ya en la víspera de la partida.

Es de noche. La abuelita acaba de cenar con sus hijos, que se aprestan para regresar a sus casas al día siguiente.

Poco antes de concluir la cena, José ha salido con cierta precipitación. A nadie ha dicho dónde va y tampoco se ha atrevido a preguntárselo nadie.

—¿Sales tú también, Juan?—pregunta la anciana, viendo a su hijo levantarse de la mesa.

—Sí, madre, un rato.

—Pues no tardes.

A la puerta de su casa, el joven halló al *sheriff* con uno de sus ayudantes.

—Buenas noches—los saludó.—¿Va usted de caza, *sheriff*?

—Sí... a cazar ladrones de caballos.

—No sabía que los hubiera por estos alrededores.

—Lo malo siempre abunda... Ayer robaron una yegua en la granja de Smith y temo que preparen un nuevo golpe. Pero lo que es hoy caerá alguno de ellos.

El ayudante del *sheriff* añadió:

—No puede negarse que son hábiles y que nunca dan golpe en falso.

—Pues esta noche les van a salir mal las cuentas

—agregó el *sheriff*.—No hay escapatoria posible, porque todos los caminos están bien guardados.

Juan se despidió:

—Buena suerte.

Tenía prisa. Alguien le esperaba.

¿Os acordáis de Isabel, la dulce amigueta de Juan? Ella, que desde la niñez ha seguido siendo su novia, es quien le espera.

Desde lejos divisa él su traje blanco, que le envía, como un saludo de bienvenida, el mensaje de su blancura.

De pie en las escaleras que dan acceso al hotelo en que vive, Isabel recibe a su novio, ofreciéndole las manos para que las ligue con las suyas en esa larga caricia que es como una promesa de fidelidad.

—Hoy has tardado más que de costumbre.

—Encontré al *sheriff* y he jestado hablando con él unos segundos.

Se sentaron en uno de los escalones.

—¿Se van mañana tus hermanos?—preguntó ella.

—Eso dicen y eso harán todos, menos Isaac, quien, como de costumbre, a última hora se sentirá indispuesto para poder continuar en casa unos días viviendo a costa del trabajo de los demás.

—No hables mal de tu hermano—le reprendió su novia suavemente.

Guardaron silencio. La placidez de la noche invitaba a las almas a una comunión espiritual. En lo alto, la bóveda del cielo alumbraba de sus entrañas azules luminosas constelaciones que vertían sobre la tierra una claridad de azucena.

—Isabel—dijo el joven.

La muchacha le puso la mano en los labios.

—Calla; no hables... Espera...

Se enlazó a él y le miró a los ojos. Sentía sobre su cabeza la caricia de la noche y tenía miedo de que las palabras vinieran a destruir el encanto de aquella hora.

—Tengo que hablarte; escúchame...

Ella se estremeció; presentía una amargura próxima.

—Te escucho—dijo.

—Isabel, por muy penoso que me resulte, tengo que separarme de ti y de mi madre.

—¿Estás entonces decidido?

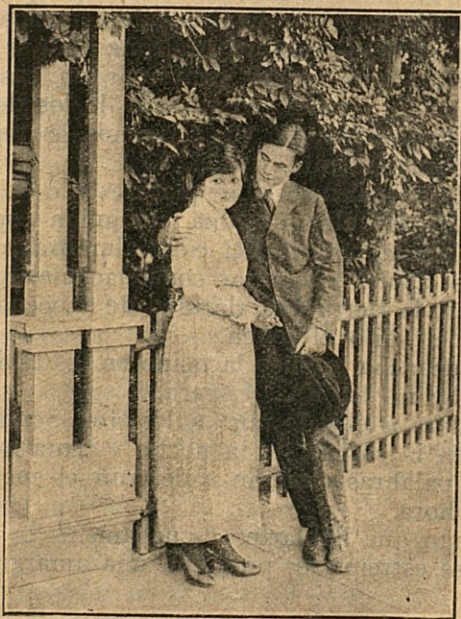
—Es necesario que así sea... Tú misma consideras inútil que continúe viviendo aquí. Es esto tan pequeño que no ofrece porvenir alguno... He pensado marcharme al Oeste.

La joven le oprimió las manos.

—Y... ¿no te da pena?

La voz de Juan se hizo temblorosa:

—Me has hecho daño con tu pregunta... Sabes



— Hoy has tardado más que de costumbre.

perfectamente el esfuerzo que me cuesta tomar una resolución parecida... Todos estos años pasados los malgasté por no decidirme a dejaros a mi madre y a ti.

—Perdóname—susurró Isabel.

Y lo mismo que cuando eran niños, ella le presentó su mejilla para que la besara y puso luego sus labios en la frente de Juan.

El silencio que los rodeaba era tan vasto, que ellos fueron solicitados por el deseo de permanecer juntos sin hablar, prestando oído a los vagos rumores de la noche. Una sensación de reposo apaciguaba sus penas. La soledad de los campos sumergía los pensamientos en su inmenso seno. Sólo hablaban sus ojos. De cuando en cuando los labios esbozaban un beso y éste era el único ruido que sobresaltaba la paz augusta que, en aquellos momentos, se tendía sobre la tierra.

Juan se acordó de su madre. Le dolía el pensamiento de que pronto debería abandonarla. La abuelita ignoraba aún los proyectos de su hijo.

Cerca de los que, con el nuevo día, tornarían a sus casas dejándole el recuerdo de aquel nuevo cumpleaños, ella buscaba la manera de retenerlos a su lado.

Acababan de acostarse los nietos. Isaac habíase recluso en su habitación. Susana y Rebeca preparaban su equipaje. Sólo Carlos, el artista de la familia, cuyos dibujos tienen ahora más éxito que cuando trazaba en la pizarra la caricatura de la maestra, permanecía haciendo compañía a su madre.

Tendido en una mecedora, puesto el pensamiento en su mujer, el joven trataba de disculparse con subterfugios resistiéndose a los deseos de la viejecita que le pedía se quedara unos días más.

—¿Por qué no puedes quedarte? Desde que te casaste, rara es la vez que te vemos por aquí.

—Compréndelo, mamá... Ten en cuenta que Lucía se queda sola.

—¿Y por qué no viene ella contigo?

—Es su carácter... Discúlpala.

La abuela no insistió.

—¿Eres dichoso con ella?

Una expresión apasionada reflejóse en el rostro del dibujante.

—¡Oh, sí, muy dichoso! Es un ángel.

—Un ángel con muchos caprichos—repuso la madre.

Carlos trató de justificar a Lucía:

—No creas... Es mejor de lo que parece. Yo, que soy su marido y que la conozco bien, puedo asegurártelo.

—Mejor que sea así.

Carlos cerró los ojos y se puso a soñar con la mujer que suponía sola. Imaginábasela con su frágil belleza rezando antes de acostarse. Sin embargo, nada más lejos de la verdad. Lucía era una mujer casquivana, frívola y caprichosa: el único objetivo de su vida consistía en satisfacer su afán de lujo. No amaba a su marido, aunque le fingiera cariño, y burlando su credulidad lo engañaba, entregándose a turbias pasiones.

Mas rehuyamos entrar en las interioridades poco edificantes de la vida de este matrimonio, del que Carlos era una víctima confiada, para volver junto a Isabel y Juan.

Persuadida por su novio de la necesidad de su viaje al Oeste, la tristeza que le produce a Isabel esta separación, con ser grande, no borra la sonrisa de sus labios. Segura y llena de confianza, sabrá aguardar hasta que Juan conquiste con su esfuerzo los medios que han de permitirles a los dos fundir sus cariños en el matrimonio que tanto desean.

Son jóvenes, y su juventud puede aplazar la realización de los deseos que dan vida a sus amores.

Pero Juan tiene un temor que adquiere, en algunas ocasiones, la forma de un remordimiento. Aunque seguro de sí mismo, ignora si triunfará en la empresa que se dispone a acometer. ¿Y puede él consentir que la belleza de Isabel se mustie esperándole ¡Dios sabe cuánto tiempo!?

—Isabel—dice,—me da vergüenza rogarte que esperes más... Yo...

—No sigas—le interrumpe ella.

Es hora de que se despidan. Se han levantado y no se atreven a decirse adiós.

—¿Me esperarás, entonces?—pregunta él.

—Toda la vida... si tú quieres.

—¿Y si no volviese del Oeste?

—¿Por qué no has de volver?

—Puedo no hacer fortuna...

—Eso no importa; yo seguiré esperándote.

—Puedo morirme...

—¡No, Juan, no quiero que lo digas!

Bruscamente asustada, Isabel abrazó a su novio.

El volvió a besarla.

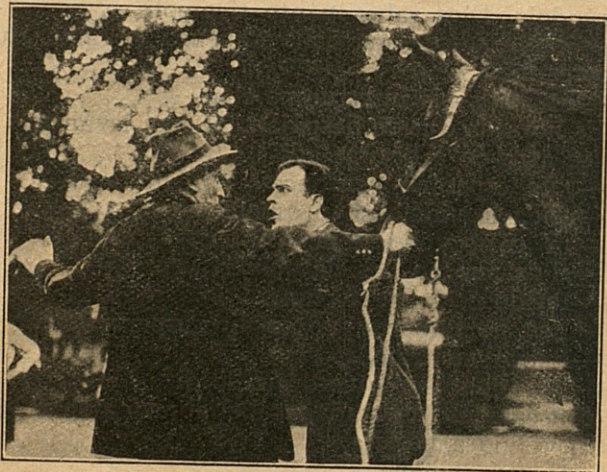
—Hasta mañana.

Y Juan tomó el camino de su casa, después de haber visto a Isabel entrar en la suya y recibir su último adiós.

Sin saber por qué, sentíase triste. Marchaba con la cabeza baja, lentamente. Las palabras de su novia, sin embargo, debían haberle inundado de alegría.

De pronto se detuvo y ocultóse detrás de un seto. Aguzó la mirada pretendiendo reconocer al hombre que acababa de ver entrar en las cuadras de la granja que había a la derecha del camino.

—Es uno de los que busca el *sheriff*—pensó.
Y antes de que hubiera podido formular por completo su pensamiento, echó a correr con una angustia espantosa hacia la granja, de la que ya salía el ladrón llevando de la brida dos caballos. Impetuosamente se interpuso en su camino.



—¡Padre! ¿Usted robando caballos?

—¡Padre!—exclamó.—¿Usted robando caballos? El viejo, sorprendido, retrocedió, obligado por su hijo. Luego, rehaciéndose, volvióse contra él derribándole de un golpe.

Con el rostro magullado, Juan se puso en pie impidiendo a su padre que huyera con el producto de su robo.

—¡Déjame libre el paso!
—¡Antes tendría que matarme, padre! ¡Ahora mismo reintegraré estos caballos!
En seguida, aprovechándose de la indecisión del viejo, añadió:

—Hace una hora he hablado con el *sheriff* y él me ha dicho que esta noche cogerían a los ladrones.

Oyóse un rumor de pasos.

—¡Pronto, vaya a casa a través del bosque!—rogó Juan.—¡Todos los caminos están vigilados!

El viejo no dudó más. Dejando a su hijo, se orientó hacia el bosque. Detrás de unos árboles, distinguió al *sheriff* dispuesto a cortarle el paso y echó a correr torciendo por un atajo. Sonaron unos disparos a su espalda. José redobló su carrera, y poniéndose fuera del alcance de sus perseguidores fué a reunirse con sus cómplices, que le esperaban ocultos en una espesura.

—¡Nos ha fallado el golpe!—les dijo.—¡Huid como podáis!

La suerte del padre no la tuvo el hijo. El *sheriff* no le dió tiempo a que pudiera fugarse.

—¡Conque eras tú uno de los ladrones!—exclamó el *sheriff*.—¡Nunca lo hubiera supuesto!

Juan calló. Desde el primer momento había aceptado como suya la culpa de su padre. ¡Que cayera sobre él el castigo! ¡Que su nombre fuese pasto de la murmuración! Todo preferible a que su viejo sufriese la afrenta de una deshonra que recaería sobre toda la familia.

¡Cómo sufrió en aquellos instantes! Con su generoso sacrificio destruía su vida, manchaba su juventud y daba muerte a las ilusiones que horas antes había alimentado cerca de su novia.

¿Qué diría ella?

Torturado por estos pensamientos, aparentando una serenidad de que carecía, sólo sostenido por la grandeza de su acto, dejóse conducir por sus aprehensores.

Una hora más tarde, José volvía a su casa sin que en la persecución de que le hicieran objeto lo hubieran reconocido. Ignoraba aún la suerte de Juan, aunque la adivinara.

Entró en su cuarto dejando entornada la puerta. Ninguna voz de queja llegó hasta él.

—No saben nada—pensó.

Encorvado y tembloroso, parecía como si el peso de la desgracia hubiera doblado el número de sus años.

Oyó el rumor de las conversaciones que venían del comedor, donde se hallaban reunidos los suyos.

La abuelita, ajena todavía a la desventura que amenazaba a Juan, hablaba con sus hijos tranquilamente, sin presagiar el epílogo doloroso que aquel cumpleaños suyo, alegre y confiado hasta entonces, iba a tener.

Un vecino cualquiera—¿qué importa el nombre del mensajero de los sucesos funestos?—entró, llamó aparte a Isaac y le dijo al oído:

—Tu hermano Juan ha sido detenido por robar caballos.

Ni un momento dudó Isaac de que no fuera cierto el aviso. Sin embargo, quiso confirmarlo, conocer detalles, y salió sigilosamente para que no advirtieran su ausencia.

A los pocos minutos de la inopinada marcha de Isaac abrióse la puerta de la calle, dando paso al marido de Susana.

Era éste un hombre gordo, de subido color, casi apoplético, de cuello fuerte y rostro veloso. Unos ojillos pequeños, de mirada aguda, escondíanse debajo del arco de las cejas, abundantes y revueltas. Se detuvo en medio de la habitación y con acento de fría indiferencia, encogiéndose de hombros, preguntó:

—¿No saben la noticia?

Un silencio angustioso acogió la pregunta.

Allá en su cuarto, José inclinó el cuerpo sobre las rodillas, abrumado por el terror.

—¡Juan está preso!

Las facciones de la abuelita se pusieron rígidas. Irguióse, con todos sus nervios tirantes como cuerdas *prontas* a romperse; se vidriaron sus ojos y su voz sonó como un largo lamento:

—No he oído bien... ¿Qué dice usted?

Su mirada de agonía se clavó en el miserable que acababa de arrojarla a las profundidades de la angustia.

—*Digo*—subrayó el hombre—que su hijo Juan está preso por robar caballos.

De nuevo cayó el silencio sobre las palabras, como una losa que quisiera sepultar las almas.

—¿Mi... hijo... Juan?

Estridió la pregunta de la madre. No lo creía. No podía creerlo. Poco a poco su corazón se encogía y enfriaba, lo mismo que un coágulo de sangre expuesto al aire.

Y en su cuarto, el viejo se estrujaba las manos, ahogaba los sollozos y se golpeaba el pecho sordamente.

—¿Mi hijo Juan... ladrón de caballos?

La pobre abuela manteníase aún en pie por un milagro de la voluntad.

Frente a ella su yerno afirmaba con su grosera corpulencia la horrible noticia.

¿Sería posible que Juan...?

Y lo mismo que la madre, pensaba la novia, la única persona que en aquellos instantes se encontraba al lado del joven. Para explicar esto, debemos retroceder hasta el momento en que Juan fué detenido.

Hay que tener en cuenta que la detención se realizó entrada ya la noche y que la cárcel del distrito se hallaba a varios kilómetros de aquel lugar.

El *sheriff* no se atrevió a llevar al detenido a la cárcel en hora tan avanzada, y, como la casa más cerca era la de Isabel, decidió que Juan quedase en ella hasta el día siguiente.

Por esta circunstancia fué Isabel quien primero supo la acusación que pesaba sobre su novio.

El golpe tremendo que le produjo la dolorosa nueva, no amilanó, sin embargo, a la enérgica muchacha. Con fino instinto, ella comprendió en seguida que había algún misterio en torno de aquel suceso. La ciega confianza en Juan le reveló la imposibilidad de que fuera él el autor del robo.

—Pero si le hemos cogido cuando trataba de llevarse los caballos—le replicó el *sheriff* oyéndola afirmar que Juan no era ladrón.

—Pues a pesar de eso—repitió Isabel—él no es el verdadero culpable.

—Entonces no lo entiendo.

—Yo tampoco, y, no obstante, estoy segura de que Juan, en este caso, sólo es una víctima.

La joven se negaba tenazmente a admitir la

culpabilidad del que, horas antes, le había hablado de sus proyectos para el porvenir, para un porvenir en el que ella sería su esposa.

—¿Me permite usted que hable con él, *sheriff*?

—Todo lo que usted quiera, Isabel... Yo he sido el primer sorprendido al detenerlo; pero no puedo negar lo que vieron mis ojos.

Juan se levantó al ver entrar a su novia en la habitación que le servía de celda provisional.

Conteniendo las lágrimas, Isabel apoyó los brazos en el pecho del joven.

—Hablemos—dijo.

Una triste sonrisa entreabría los labios de Juan, quien volvió a caer en su asiento casi sin fuerzas.

—¿Es verdad que te han detenido robando caballos?

Antes de que él le contestara, la muchacha se rebeló contra su pregunta.

—¡No es posible!—exclamó.—¡Tú ocultas al verdadero culpable!

La pena de su amiga ensombreció el espíritu de Juan.

—¿Quién es?—preguntó Isabel.—¡Dime la verdad! ¡Es un deber hacia ti mismo... y hacia mí!

El permaneció callado. Aunque estaba dispuesto a confesarse autor de un delito que no había cometido, sentía vacilar su voluntad oyendo las preguntas de Isabel.

—¡Por nuestro cariño, Juan, no me ocultes la verdad!... ¡Quiero saberla! ¡Necesito saberla!...

Y Juan, inclinando la cabeza, con las manos engarfiadas para resistir su congoja, dijo:

—¡Yo soy el ladrón!

Al oírle, Isabel sonrió con lágrimas. No lo creía.

Su alma fecundó entonces la ternura que sentía por su novio y sus manos blancas, llenas de caridad, ricas en caricias, se posaron en la cabeza de Juan.

—Algo, que yo ignoro—le dijo,—te impide descubrirme la verdad. No importa... Lo mismo que hace unas horas, yo vuelvo a prometerte que te esperaré toda la vida.

Y un beso largo y lento cayó de sus labios sobre la cabeza de Juan.

¡Dolor de novia por la pena del prometido!
¡Dulce y bello dolor que sostiene y consuela!

Una lumbre azul, como un retazo de cielo salpicado de estrellas, brillaba en los ojos de Isabel.

Toda su juventud era sacudida por un afán maternal. Al lado del hombre sumido en su propia amargura, ella se sentía más que esposa: se sentía madre. Y como una madre, sus brazos mecían la pesadumbre de Juan.

De este modo, entre la muchacha y la abuela establecíase un flujo y reflujo de sentimientos análogos.

¡Dolor de madre por la pena del hijo! ¡Sublime y bello dolor!

He aquí que la madre de cabellos blancos se enfrentaba con la desgracia. Era tan viejecita que no cabría esperar que su pobre corazón pudiera soportarla. Pero una madre es capaz de los más supremos esfuerzos por un hijo. Si el hijo la necesita y ella se encuentra en los umbrales de la muerte, capaz es de detenerse al borde del sepulcro para socorrerlo y morir después.

Pequeña, humilde, consumida, al conocer el peligro que amenazaba al muchacho, se sobrepuso a

su debilidad y toda su figura se distendió con sobrehumana energía.

Rodeada de sus hijos, erguida y silenciosa, habia oído a su yerno referir la detención de Juan.

Sus ojos se volvieron hacia Isaac, que entró precipitadamente.

—¿No saben la noticia?

La actitud de su madre y hermanos le dió a entender lo innecesario de su pregunta.

—¡Razón tenía yo!—dijo.—¡Cuántas veces he sostenido que acabaría por deshonrarnos a todos!

Sus palabras cayeron en el vacío. La viejecita no le oía.

—Bien se lo repetí, mamá: «El que siembra vientos, cosecha tempestades»—añadió el bíblico Isaac.

José, que desde su cuarto oía las crudas expresiones del voraz lector de la Biblia, no pudo contenerse. Se puso en pie y, e hado hacia adelante, como si sus espaldas no tuvieran fuerzas para resistir el peso de los remordimientos, apareció en el comedor.

Su presencia no contuvo a Isaac, que prosiguió diciendo:

—Por algo me resistí a estrecharle la mano.

Los puños del viejo golpearon la mesa haciendo callar a su hijo.

—¡Cierra la boca, maldito!—gritó.

Sin descomponerse, seguro de pisar terreno firme, Isaac preguntó:

—¿Por qué? ¿Es que no es cierto lo que digo?

—¡Cállate!... ¡No puedo escuchar tales cosas!
¡No puedo aguantar más!

Hablaba con tal ímpetu el viejo, que nadie se

atrevió a contradecirle. Jadeaba, ahogándose. Para mantenerse en pie, buscaba el apoyo de las sillas y de las paredes. Todo su cuerpo temblaba y se oía el castañetear de sus dientes.

Avanzó unos pasos con dificultad. Sus labios, secos y amargos, pretendían humedecerse como para hacer más fácil el paso de las palabras. Se detuvo delante de Isaac, enderezó el busto y, alzando el brazo, brotó de su boca la protesta:

—¡Mentira! ¡Mentira! ¡No fué Juan! ¡No fué él el ladrón de caballos!

—Entonces, ¿por qué le han detenido?

El viejo careció de valor para dar respuesta a la insidiosa pregunta de Isaac. Rendido por el esfuerzo, derrumbóse en una silla, mirando con dureza a aquel hijo en cuya alma nunca había florecido la piedad.

Un poco aparte, la madre, desentendida de todos, comenzó a arreglarse como para salir.

—¿Qué hace usted?—le preguntó Susana.

Adivinando sus intenciones, Isaac, Carlos y Rebeca la rodearon.

—¿No comprende que no son éstas horas de salir?

—Todas las horas son buenas para acudir al lado de un hijo.

Isaac la cogió de un brazo.

—¡Eso no puede ser!

—¿Quién lo va a impedir? ¿Tú, tú que no quisiste estrechar su mano?

—Yo y los demás... Juan no merece que le consideremos de la familia. ¡Es un ladrón!

La anciana lo miró como si no lo entendiera.

—¿Un ladrón?... ¡Pues aunque haya robado mil caballos, iré a su lado!

Se debatió, tratando de librarse de los que la sujetaban.

—¡Juan me necesita!—gimió —¡Dejadme salir!

Contenida por sus hijos, la abuelita luchaba por desprenderse de ellos.

—¿Tan insensibles sois para no comprender que en semejante trance mi pobre Juan me necesita?

Sordos a sus ruegos, los hijos la retenían. Se habían colocado delante de la puerta, formando barrera que le impidiera salir.

Convulsa y enloquecida, la madre alargó los brazos descarnados intentando ganar la calle, y sus esfuerzos estrelláronse contra la oposición de los hermanos de Juan.

—¡Dejadme! ¡No me detengáis! Mi hijo me llama. ¡Quiero verlo!... ¡Fuera, fuera todos!

Pero ninguno la oyó.

Volvió a suplicar, con lágrimas ahora. Imploraba desfallecida. Y después de un último intento para abrirse paso, retrocedió y su cuerpo fué a desplomarse a los pies del marido, del único que había proclamado la inocencia de Juan.

III

PADRE E HIJO

A los pocos días se vió la causa de Juan, a quien condenó el tribunal a tres años de prisión.

Ni un momento flaqueó su ánimo durante la vista del proceso. Con serena entereza aceptó su culpabilidad, y su mirada tranquila fijóse en su padre, oponiéndose a la confesión que sintió palpitir en los labios del viejo.

¿Quién podría medir la sublimidad de su sacrificio? Su silencio le condenaba a tres años de cárcel.

Sosteniendo a la abuelita, que había querido asistir a la causa, y seguido de su padre y de su novia, Juan salió del juzgado sin dar muestras de abatimiento.

—¡Ten paciencia!—le decía la madre, tratando de consolarlo.—¡Resígnate con tu suerte!... Tres años pasan pronto, y después... ya verás qué felices seremos.

La anciana se mordía los labios para no llorar.

—No te abandones a la desesperación, hijo mío
—Esté tranquila, mamá—prometió Juan.
—Sí, ya lo sé... Tú...
Oprimió su brazo y añadió:
—Conservaré tu cuarto lo mismo que lo dejas.
Así, cuando vuelvas, te parecerá que no has estado



—¡Resígnate con tu suerte!... Tres años pasan pronto, y después..

ausente... Y a tu regreso, todos los días, para el desayuno, te haré tortas de miel. De niño ya te gustaban mucho. ¿No te acuerdas?...

—No hable, mamá... Usted sufre mucho y le hace daño hablar de esa manera.

—Te equivocas, hijo... Yo no sufro... Deja que te hable...

¿La abuelita siguió expresando con palabras de una infinita emoción, sus esperanzas para el día en que él volviera a ser libre.

En el momento de separarse, José quiso hablar a solas con su hijo.

¿Presintió Isabel que de aquella conversación



— Te equivocas, hijo... Yo no sufro... Deja que te hable...

saldría la verdad que su alma necesitaba conocer? Sea como fuere, la joven se ocultó detrás de la puerta de la estancia en que estaban el padre y el hijo.

El viejo, agotado por el sufrimiento, sollozó:

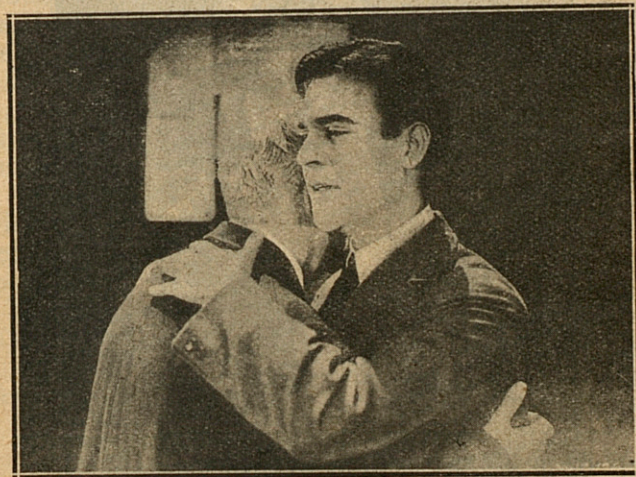
—Debí... haber dicho... la verdad...

—¡Recuerde su promesa!—exigió Juan.

Desde su escondite, Isabel, toda estremecida, oyó decir a su novio:

—Prefiero pasar en la cárcel toda la vida, antes que nadie pueda tacharle a usted de ladrón.

Ella bebió aquellas palabras. Una inmensa alegría la inundó. Hubiera querido correr y echarse



— Debí... haber dicho... la verdad... — ¡Recuerde su promesa!

a los pies de su amigo para expresarle toda su admiración. Pero el secreto que acababa de oír no le pertenecía. Debía ocultarlo en el fondo de su pecho. Nunca, ni aun llegado el día en que él cumpliera la condena, descubriría su conocimiento de la verdad. Mas durante los tres años de espera, alimen-



Ella bebió aquellas palabras. Una inmensa alegría la inundó...

taría su cariño hacia Juan y ofreceríaselo íntegro cuando volviera a su lado.

Con un abrazo vehemente y silencioso, separáronse el padre y el hijo.

José y su mujer regresaron al hogar, donde sus otros hijos, por una ironía del destino, doblemente cruel, se preparaban para volver a sus casas respectivas ahora que la madre los necesitaba más que nunca.

Los viejos se quedaron solos con su amargura.

Y los días empezaron a desfilan, pesando sobre el matrimonio con la carga de su angustia, que el recuerdo del hijo preso hacía abrumadora.

De noche, sentados cerca el uno del otro, los viejos pensaban en Juan. No se hablaban. Su silencio estaba lleno, sin embargo, de los mismos pensamientos.

A veces las lágrimas resbalaban por las mejillas arrugadas de la abuela.

—No llores, mujer—decíale su marido conteniendo también el llanto.—¡No llores! ¡El volverá!

La anciana alzaba su cabeza blanca y sonreía.

—No lloro, José... ¡No lloro!... Estoy sonriendo... ¿Acaso no he sonreído siempre, desde el principio de este atroz suplicio?

Pasaban las horas sin que ellos advirtieran la marcha del tiempo. Era la abuela quien, después de media noche, saliendo de la somnolencia de su pena, decía al esposo:

—Ya es tarde, José... Debías acostarte.

—¿Y tú?

—Yo... también.

Pero el sueño no cerraba sus ojos. Y las noches, preñadas del indecible tormento que era para el

padre la inocencia de su hijo sacrificándose por salvarlo, hacía apurar al viejo todas las heces del dolor.

Todas las mañanas, José visitaba a Juan en la cárcel y todas las mañanas se decían lo mismo y la misma escena se desarrollaba entre ellos.

A través de la reja de la celda el joven estrechaba las manos de su padre, que le decía:

—¡No puedo más, Juanillo! Ni como, ni descanso... Me voy a volver loco... No exijas que siga cumpliendo mi promesa... ¡Déjame confesarlo todo!

Con acento firme de hombre fuerte, el hijo se oponía a los deseos del viejo:

—Usted no puede revelar la verdad... Sus hijos somos seis... pero usted, el padre, no es más que uno.

—¿Y he de permitir que tú llegues hasta el fin en tu generoso sacrificio?... Yo te lo ruego, Juan. ¡Déjame confesarlo todo!

—Usted debe callar—insistía el hijo—porque simboliza el honor de la familia. La deshonra de uno... mi propia deshonra... es preferible a la deshonra de todos.

Sacudido por una emoción incontenible, José aferrábase a los hierros de la reja y lloraba mordido por los remordimientos, que le devoraban las entrañas, haciéndose más terribles a medida que pasaban los días.

—Cálmese, padre—suplicaba Juan.—Sea dueño de sus emociones... Vamos, abráceme y vuélvase a casa al lado de mamá... Y dígame que estoy bien... tranquilo...

José no se decidía a marcharse, y cuando, al fin, lo hacía, llevaba la muerte en el alma.

Su conciencia despierta lo acusaba incesante-

mente, sin darle punto de reposo, y la violencia que debía hacerse para callar el secreto, lo aniquilaba, rindiéndolo, débil como un niño, en los brazos de su mujer.



Su conciencia despierta lo acusaba incesantemente, sin darle punto de reposo...

¡Si al menos pudiera aliviar su espíritu confesándose a su compañera!

Pero esto también le estaba vedado. Juan se lo

había prohibido, pues temía que el amor de madre se sobrepusiera en la anciana a toda otra consideración.

Los sufrimientos de José aumentaban así con el silencio que veíase obligado a guardar.

Sus ojos permanecían constantemente fijos en el retrato de Juan. Con el álbum de familia en sus manos, dirigía la mirada a la fotografía de la víctima de su devoción filial con un ansia loca de destacarlo de la lámina, corporeizándolo...

—¡Juan, hijo mío, perdóname!—rumoreaba.

Y acariciaba el retrato en que él se le aparecía con la expresión abierta, clara y franca de su rostro.

Más de una vez, su mujer lo sorprendió llorando sobre el álbum.

—Tú me decías que no debía llorar—lamentábase la abuelita.

José enjugaba sus lágrimas con torpe gesto y miraba con cierto estupor a su esposa, fluctuando entre el deseo de descubrirle la verdad y la obligación que le impusiera su hijo de callársela.

Y los días siempre iguales—días de tormento, de horror, de intensa amargura—seguían desfilando por la casa triste en que los dos viejos trataban de ocultarse sus penas buscando lugares donde esconderse para que el uno no viera las lágrimas del otro.

Mas llegó uno en que el oprimido corazón del padre no pudo resistir más tiempo las lanzadas del dolor.

Había caído la tarde, apagándose el último resplandor de la luz del sol en ocaso.

La abuelita encendió una lámpara y salió, reclamada por quehaceres domésticos.

Como de costumbre, José abrió el álbum para mirar el retrato de su hijo, y en él quedaron presas sus miradas, que empezaron a apagarse adquiriendo esa vaguedad del que mira dentro de sí, tratando de iluminar los horizontes del recuerdo.

Entonces, como para agravar su suplicio, evocó



—¡Cómo he destrozado mi propia vida!...

una escena en que su cólera se había descargado sobre Juan cuando era niño.

Todos los detalles de aquel suceso revivían ahora en su memoria. No pudo apartar de sí esta visión. Allí estaba el pequeño temblando delante de él. ¡Era Juan, su hijo, el hijo víctima de su delito!...

Cerró los ojos. En su pensamiento despierto se

iban perfilando los pormenores de aquel día lejano. Se vió a sí mismo, rojo de ira, imponiendo al niño un bárbaro castigo.

—¿Por qué fué aquello?

Recordó. Una carta de la profesora, quejándose de la conducta del muchacho, había sido la causa determinante de la corrección. Más tarde se supo que Carlos fuera el autor de la caricatura de la maestra. Sus padres pudieron oírlo de sus propios labios. Sin embargo, Juan había callado.

Y era aquel niño el que, andando el tiempo, para que no cayera sobre su padre la deshonra, recababa un delito que no había cometido.

La abuela se aproximó a su esposo, ensimismado en el recuerdo. Lo oyó gemir y lo sacudió suavemente.

—¿Qué tienes?

—¡Cómo he destrozado mi propia vida!—exclamó él.

Ella trató de consolarlo.

—Nada tengo que reprocharte... Te has conducido siempre con arreglo a lo que creías mejor. Ningún motivo de queja tengo contra ti.

«Si supiera la verdad!», pensó José.

Viéndolo tan abatido, la buena madre lo compadeció.

—Voy a prepararte una taza de te bien caliente—le dijo; y salió para dirigirse a la cocina.

Sonrió al separarse de su marido, pero al encontrarse sola, apoyóse en la pared y lloró.

De nuevo José abrió el álbum. Sentía un agudo dolor en el pecho, como si unas garras aceradas le estuvieran escarbando allí dentro para arrancarle el corazón. Sus sienas fueron oprimidas por

el casco ardiente de la fiebre... Se inclinó sobre el retrato de su hijo.

—¡Juan, perdóname!—murmuró.

De pronto notó que algo se rompía dentro de su pecho; una oleada de sangre caliente desbordóse por todo su organismo. Se ahogaba. Quiso llamar. No pudo.

—¡Juan, perdóname!—volvió a decir.

Y con las manos sosteniendo el álbum, abrazado a la imagen del hijo, cayó sin vida.

Poco después entraba su mujer trayendo la taza de te. En el primer momento, ocupada en revolver la infusión, no se dió cuenta de nada.

—¿Cómo sigues, José?

Alzó los ojos y vió a su marido en el suelo. Cayósele la taza de las manos, lanzó un grito y arrojóse sobre el muerto.

Todo auxilio era inútil. Ella lo comprendió así.

Desde aquel día, la abuelita encontróse completamente sola. Raras veces venía a verla alguno de sus hijos. Isabel era quien la visitaba con más frecuencia.

Los días se le hicieron más largos entonces. La anciana los contaba, midiendo el tiempo que faltaba aún para que su hijo extinguiera la condena.

Y pasó un año.

La abuela se hacía más viejecita.

Y pasó otro año, interminable rosario de días, cada una de cuyas cuentas era marcada con un sollozo.

Y el primer año y el segundo fueron manantiales de recuerdos y de ensueños.

En las horas del crepúsculo, tan suaves y apaciguadoras para los seres que sufren, sentábase

en una mecedora y recibía la visita amable del recuerdo, que le hacía envidiar aquel pasado remoto, cuando sus hijos eran niños todavía y ella se afanaba noche y día defendiéndolos de la miseria.

Bajo la orla blanca de sus cabellos de nieve, sus ojos se encendían con la luz del ensueño. Y entre las primeras sombras del día moribundo, su pensamiento animaba con vida frágil aquellos años...

En algunas ocasiones, su evocación se hacía tan viva que la anciana creía vivir la realidad de los tiempos idos, y era su dolor sin límites al despertar de su ensueño y comprobar su engaño.

Un anochecer, en el que como en otros muchos anocheceres soñaba, volvióse de pronto oyendo la voz de Susana y de Rebeca.

Acababa de levantarse y, sin vestirse, las niñas corrían hacia su madre jugando y saltando. Luego se pusieron a dar vueltas a su alrededor.

Engañada por su ensueño, la abuelita se dirigió a sus hijas y, al querer abrazarlas, sólo abrazó el vacío.

Esta decepción le produjo profunda pena.

Tornó a sentarse. Lentamente, el pasado volvió a anidar en su alma.

Ahora oía la voz de Juan y de Isaac y los gritos de Tomás y el llanto de Carlos.

—Se están peleando—dijo.

Encaminóse al comedor para poner paz entre ellos. Sus brazos se extendieron hacia Juan... y otra vez la realidad vino a despertarla, quebrando el vaso de oro en el que se quemaba el incienso de la ilusión.

Un año... dos... ¡tres!...

La abuelita perdió la cuenta de los días que

faltaban para que su hijo abandonara la cárcel.

Y una noche se quedó dormida.

El ligero ruido que produjo, al abrirse, la puerta de la calle, no la despertó.

Era Juan el que llegaba.

Detenido en los umbrales de su casa, miró la estancia vacía. ¿Dónde estaría su madre?

Sus pasos le llevaron de habitación en habitación hasta la alcoba de la anciana, que se había quedado dormida, sin desnudarse, sobre el lecho a medio hacer.

Con una emoción casi religiosa, Juan se puso de rodillas al borde de la cama y besó aquel rostro socavado por los años y los pesares.

Ella abrió los ojos, miró a su hijo, parpadeó con susto y sólo pudo decir:

—¿Tú, eres tú?

Ahogada por la alegría y por los besos de Juan, tardó mucho tiempo en poder hablar.

—¿Por qué no has escrito? ¿Te hubiera estado esperando a las puertas de la cárcel!

—Quería sorprenderla, mamá, y ya ve que lo he conseguido.

Al fin las penas alcanzaban su término, y para la madre y el hijo anunciábase una nueva era en que el cariño sería como el fundente de las pasadas angustias.

—¡Ojalá viviera tu padre para ver este día!

El recuerdo del muerto los hizo enmudecer un rato.

—Cuénteme... cuénteme... ¿cómo están los nietecitos?—preguntó él.

La abuelita abandonóse al placer de referir las gracias de sus nietos.

Luego, poseída de una febril excitación, levántose y pasó con su hijo al comedor.

—Traerás hambre... Espérate, voy a prepararte alguna cosa.

—No, mamá, no se moleste... He comido por el camino.

—De todas maneras, no te sentará mal un vaso de leche... No te preocupes, ya la tengo hervida... Además, quiero que pruebes un dulce que hice para celebrar tu regreso.

La viejecita no tenía reposo: iba y venía de un lado para otro, volviendo a cada paso la cabeza para ver a su hijo.

—Déjelo todo—pidió Juan.—Siéntese aquí, a mi lado.

Hablaron mucho tiempo. ¿De qué? De todas esas cosas que interesan siempre a las madres.

Juan preguntó por Isabel.

—Yo sé que no ha cesado de quererte—le dijo la abuela.—Con frecuencia ha venido a casa a preguntar por ti y a hacerme alguna compañía.

Tarde ya, Juan retiróse a su habitación.

La madre tomó entonces en sus manos el libro de oraciones. Todas las noches sol a rezar con ardiente fervor, pero esta vez ¡qué consoladoras lágrimas derramó al dar gracias a Dios por el regreso de su hijo!

Antes de acostarse fué a ver cómo se encontraba Juan. Este recibió su beso sin abrir los ojos. No dormía, sin embargo. Fasadadas las emociones de los primeros instantes, el joven sentíase invadido por intensa amargura.

Nada le preguntó la madre. Durante algunos minutos acarició al hijo recobrado y puso los labios

en su rostro, bebiendo las lágrimas que se filtraban a través de los párpados.

Adivinaba las razones ocultas de aquel llanto.

No ostante, él no hubiera podido explicarlas.

En el transcurso de tres años, la necesidad de ser más fuerte que la desgracia le mantuvo tranquilo, sin que desfalleciera su valor, y en el transcurso de esos tres años sólo la noticia de la muerte de su padre pudo arrancarle algunas lágrimas.

La carta que le había escrito su madre comunicándole aquel desenlace de una pobre vida, fué de un patetismo que le desgarró el alma.

«¡Ha muerto de pena!—le decía.—¡Ha muerto abrazando tu retrato!»

Sólo estas palabras lograron romper los sellos que cerraban las fuentes de su llanto.

Y ahora lloraba también.

¿Por qué?

Era su juventud limpia de culpa y manchada con el estigma del robo, lo que le obligaba a sollozar.

Abrió los ojos, miró a su viejecita y dijo:

—No puedo quedarme aquí, mamá.

La anciana tuvo un estremecimiento, que la sacudió de la cabeza a los pies.

—Cada paso que diera sería una humillación—añadió Juan, hurtando con los dedos nuevas lágrimas que afluían a sus ojos.

—Cierto, hijo mío, cierto... Por mucha falta que me hagas, por mucho que me duela separarme de ti, es preciso que te deje marchar.

Lo mismo que el joven, ella comprendía cuán poderosos eran los motivos que imponían la nueva separación.

—Algún día volverás—añadió la madre,—y así

como supe esperarte estos tres años, sabré esperarte los años que permanezcas alejado de mí.

Estas fueron las palabras que pronunció la madre, y al otro día, Isabel, cuando su novio fué a saludarla, las repitió, porque en su corazón y en el de la abuelita las simientes de una ternura igual daban unas mismas flores.

Juan había supuesto que, después de su condena, ella ya no le querría. Se equivocó y quedó asombrado al observar que el amor de Isabel había crecido mientras él estuviera en la cárcel. No supo a qué atribuir este prodigio, porque ignoraba que su novia conociera su secreto.

—Vete, Juan... Yo seguiré esperándote... Algún día volverás. Hasta entonces, si tú quieres, permíteme que siga poniendo en ti toda mi confianza y todo mi cariño.

—¡Pues no he de querer?—repuso él, abrazándola.—Volveré, sí, aunque sólo fuera para darte fe de mi lealtad.

Acordada la fecha de su partida, Juan presentóse en casa de Isaac.

—Vengo a decirte que me voy al Oeste...

El hombre que leía la Biblia se balanceó en su asiento. Su expresión era la del que se siente disgustado por la presencia de un extraño. En ella podría leerse este comentario: «¿Y a mí qué me cuentas? Si te vas al Oeste, buen viaje.»

Sin hacer caso de la actitud de su hermano, Juan prosiguió:

—Antes de marcharme, necesito pedirte una cosa...

Isaac se sobresaltó y expuso sus temores brutalmente:

—¡Con tal de que no se trate de dinero!...

Juan apresuróse a tranquilizarlo:

—No, no es cuestión de dinero. Se trata de mamá...

A Isaac comenzó a impacientarle este lenguaje. El era un hombre que vivía con el miedo de que alguien le arrebatase la bolsa, por lo que siempre su mano derecha estaba defendiendo los bolsillos, aunque su mano izquierda, al mismo tiempo, procuraba introducirse en los bolsillos de los demás.

—Bueno ¿y qué es lo que hay con mamá?—preguntó.

—Deseo que la cuides y la prodigues asistencia mientras yo esté ausente.

—¡Me gusta tu frescura!—exclamó Isaac, poniéndose en pie y empezando a dar paseos de un extremo a otro del gabinete. —¿Por qué no la ayudas tú?

—Eso es lo que pienso hacer, precisamente.

Sin eufemismos, de los que era enemigo, Isaac dijo mirando a su hermano con burlona fijeza:

—¿Cómo?... ¿Robando caballos?

Juan cerró los puños. En seguida, imperturbable, repuso:

—¡No! ¡Trabajando!... Y pienso mandar a la abuelita cada mes todo lo que pueda...

Esta generosidad no la admitió el lector de la Biblia sin exponer sus dudas:

—Te conozco... y no lo creeré mientras no lo vea.

—Bien, entonces te mandaré *a ti* el dinero mensualmente, tú se lo entregarás a ella y así te vencerás de que cumplo con mi deber.

Siempre desconfiado, aun cuando la última pro-

posición le pareciera francamente bien, Isaac replicó todavía:

—Dudo que llegue a ser verdad tanta belleza. Necesito verlo para creerlo.

Juan se levantó, dando por terminada su visita. Si mucha era la desconfianza de Isaac acerca de los buenos propósitos de su hermano, no era menor a desconfianza de éste respecto de aquel hombre hipócrita y sórdido.

A punto de salir, volvi6se y lo amenazó:

—Oyeme... Algún día regresaré... Y si me encuentro con que no has cuidado y protegido a mamá ¡ay de ti!... Tenlo entendido: ese día pagarás todas tus faltas.

Y su brazo extendido subrayó con un rápido ademán de arriba abajo la amenaza contenida en sus palabras.

IV

EL CALVARIO DE UNA MADRE

Ausente Juan, los demás hermanos coincidieron en que era demasiado penoso para la anciana seguir cuidando de la casa.

De acuerdo con esta idea se repartieron los muebles, no sin que Isaac pusiera el grito en el cielo lamentándose de que a él le daban los trastos más viejos. Para hacerlo callar, hubo que acceder a que se llevase lo que se le antojara, permiso de que supo aprovecharse en beneficio de sus intereses.

Deshecho el hogar paterno, la abuela se fué a vivir con su hijo Carlos, en cuya casa ya llevaba viviendo seis meses al reanudar nuestra narración.

Ya hemos dicho algo acerca de Lucía, la esposa de Carlos. Caprichosa, frívola, egoísta y violenta, a esta mujer sólo le preocupaban sus trajes, sus alhajas y sus amores clandestinos. Casada sin amor, por un capricho del momento, Lucía despreocupábase en absoluto del dibujante para correr por la ciudad en busca de placeres y de emociones fuertes.

Como consecuencia de esto, la presencia en su casa de la bondadosa viejecita le disgustó en grado sumo.

Desde el primer día estableció una barrera entre ella y su suegra, a la que trató como a una criada puesta a su servicio.

La abuelita no se quejaba ni decía nada a Carlos, aceptando las amarguras de su nueva existencia con su habitual resignación.

Una semana más que comienza.

LUNES

La madre de Carlos se ha levantado temprano, antes que nadie. Conoce el carácter de su nuera y sabe que sólo al precio de su humildad y de su trabajo debe el poder permanecer en la casa de su hijo.

No obstante sus muchos años, realiza las tareas más penosas.

Su primera obligación consiste en hacer la limpieza de la casa.

De acuerdo con ella, la abuelita ha cogido la escoba y se ha puesto a barrer.

A veces se detiene fatigada. El exceso de trabajo va consumiendo las pocas energías que lo restan. Pero todo lo sobrelleva con paciencia; e único que le duele es la acritud con que le habla su nuera.

Cerca de las diez, Lucía vino a sorprenderla en su faena.

—¿Qué hace usted?—le preguntó.

—Ya lo ves, barro—contestó la buena madre sencillamente.

—¡Pues vaya un modo de barrer!

Y con torcida intención pasó la palma de la mano por el borde de una mesa, recogiendo un poco de polvo.

—¡Mire usted!

Con suavidad, la abuela repuso:

—Ten en cuenta que aun no la había limpiado, pues todavía estoy barriendo.

Lucía la miró con ira incomprensible y exclamó, volviéndole la espalda:

—¡Qué mujer más inútil!

Así empezó aquella semana para la madre de seis hijos.

MARTES

Es media mañana. La abuelita, puesta la mesa para el almuerzo, va colocando los platos.

Lucía entra impetuosamente y le dice:

—¡Quieta! ¡Deme a mí los platos!... ¿No ve que esa no es manera de colocarlos?

Humildemente, le entrega los platos que Lucía deja caer en la mesa con tal turbulencia que uno de ellos rueda y se hace pedazos contra el suelo.

Un momento, la suegra y la nuera se miran a los ojos.

—¡La culpa es de usted!—exclama Lucía.

—¿Mía?

—¡Suya!

Y, señalándole el plato roto, añade autoritaria:

—Recójalo.

Sin dudar un instante, la viejecita sometióse a aquella orden.

¿Qué hacía mientras tanto Carlos, que no notaba cómo su mujer trataba a su madre?

Carlos dibujaba sin observar nada, lleno de confianza en su esposa y seguro de que su madre lo pasaba muy bien en su casa.

MIERCOLES

Suena el timbre del teléfono.

La abuelita se apresura a coger el auricular; pero apenas lo ha hecho, aparece Lucía que se lo arranca de las manos.

—Cien veces le he dicho que no debe acudir al teléfono.

—Como no acudía nadie...—exculpóse la viejecita.

—En mi alcoba hay un lápiz; vaya y tráigamelo—ordenó Lucía.

Necesitaba alejar a su suegra, pues esperaba un recado muy interesante, acaso de un amigo, de uno de esos amigos de los que su esposo no tenía siquiera noticia.

En la alcoba de su nuera, buscando el lápiz, la madre fué sorprendida agradablemente al ver en una consola varios estuches abiertos: uno contenía un reloj de pulsera, otro una sortija y un tercero un «pendentif».

Con curiosidad de niña, cogió el «pendentif». ¡Era tan bonito! Sosteniéndolo con los dedos, llevóselo a la altura de la frente y acercóse a un espejo para ver el efecto que producía.

Como una tromba entró su nuera, sorprendiéndola.

—¿Con qué derecho se mete usted a husmear en mis cosas?—dijo, arrebatándole la alhaja.

—No he estropeado nada... Estaba admirándolo... Lucía fijó en ella sus ojos estriados de venas amarillas y la apostrofó:

—¡Vieja idiota!

Lo inesperado de aquel insulto sorprendió a la pobre mujer. Poco faltó para que asomaran sus lágrimas.

—Tú no has tenido realmente intención de decir eso, ¿verdad?—preguntó dulcemente.

Y miraba a su nuera con un ruego mudo, deseando que ella confirmara sus palabras.

Pero la joven, en vez de contestar, desatóse en gritos e improperios.

Atraído por las voces, Carlos se presentó.

—¿Qué os pasa?

—¿Qué ha de pasar?... ¡Tu madre, como de costumbre!

Carlos tuvo un gesto de disgusto. Le desazonaba que lo turbaran en sus trabajos.

—¿Qué ha hecho mi madre?

Iracunda, dando suelta a su odio, Lucía contestó:

—¡No puedo soportarla!... ¡O se marcha o me marchó yo!... ¡Escoge!

Lleno de espíritu conciliador, el dibujante pretendió calmar a su mujer.

—Es mi madre... No voy a echarla de casa...

—¡Está bien!... ¡Quédate con ella!

Lucía dirigióse a la puerta y, antes de salir, añadió, dirigiéndose a su marido:

—Pero tenlo bien presente: ¡no volveré hasta que sepa que se ha marchado!

La abuelita, callada hasta entonces, rogó a su hijo:

—¡Corre tras ella! ¡No la dejes marchar! ¡Es tu mujer!



...llegando a casa de Susana, de noche.

Y Carlos, que sólo deseaba esto, limitóse a decir:
—¿Comprende usted, mamá?

—Sí... Las madres lo comprendemos todo... Tú no te apures por mí...

Hombre sin voluntad, enredado en la red de las pasiones de su esposa, Carlos esperaba las palabras que debían devolverle la confianza de que Lucía volvería pronto.

—Me iré a casa de Susana—añadió la madre.

El hijo se apresuró a convencerla de que ninguna determinación sería tan conveniente para todos como aquella.

—Eso es, mamá... Susana quedará encantada en cuanto se lo comunique. Hoy mismo debe escribirle. Por otra parte, nada tan agradable para usted como tener un nieto a su lado, y la hija de Susana podrá ofrecerle esas alegrías.

—Sí, Carlos, sí... No insistas. Estoy convencida.

Por cobardía moral, por falta de energía, Carlos sometíase a las imposiciones de su mujer y no vacilaba en sacrificarle a su propia madre, que se puso en camino la mañana del viernes, llegando a casa de Susana de noche.

La acogida que le hicieron no pudo ser más fría. Su yerno, sentado a la mesa, comía a dos carrillos, temeroso, sin duda, de que la suegra le disminuyese la ración con su sola presencia, y Susana mostraba con su actitud el disgusto que le producía la presencia de su madre.

—¿No me esperabais?—preguntó.

—La verdad, no la esperábamos—dijo la hija.

—¡No la esperábamos!—repitió el marido, el mismo que años atrás fuera el primero en darle la noticia de la detención de Juan.

—Si te escribí que vendría... que me esperases...
El matrimonio cambió una mirada de inteligencia y Susana añadió:

—Lo sé, mamá... pero aquí apenas tenemos sitio...
¿Por qué salió usted de casa de Carlos? Allí hay habitaciones de sobra. ¡Nuestra casa, en cambio, es tan pequeña!

Atragantándose al hablar, el hombre gordo repitió:

—Eso es, ¿por qué salió de casa de Carlos?

La abuelita represaba su amargura, que acrecía oyendo exponer a sus hijos las dificultades que tenían para no ofrecerle su casa... ¡a ella, tan poquita cosa, que casi no ocupaba lugar!

—Yo necesito muy poco—dijo en voz baja.—
Me basta con un rinconcito... y te ayudaré a cuidar de la casa y del niño.

Más fuertes que sus deseos, las circunstancias obligaron a Susana y su marido a dar a la abuelita una habitación en su casa. Claro que si se la daban era pensando en librarse pronto de su carga, pues en su egoísmo no cabía ningún estímulo generoso.

La buena anciana cogió en brazos a su nieta para olvidar su triste destino, que le lastimaba los hombros con el peso de una cruz, la cruz de su maternidad desdeñada.

Su yerno, concluyendo de comer, habló con su acostumbrada grosería:

—Debió usted haber venido más temprano... así hubiera llegado a tiempo de cenar alguna cosa.

—No tengo ganas de tomar nada—dijo ella.—
Esperaré hasta mañana.

Y aquella noche, la madre de seis hijos se acostó sin cenar. No había tomado alimento alguno desde que saliera de la casa de Carlos.

* * *

Mientras la madre recorría, como estaciones de un calvario, las casas de sus hijos en busca de un hogar cariñoso que atenuase las tristezas de la espera hasta el regreso de Juan, éste, confiando en que Isaac cumplía su promesa, luchaba en tierras lejanas por hacerse una fortuna.

Como le había ofrecido, todos los meses le enviaba el dinero que destinaba a su pobre madre.

Nada sabía de la determinación de sus hermanos deshaciendo el hogar paterno e imponiendo a la abuelita la dura ley de tener que ir mendigando a los mismos que la habían despojado.

Por supuesto, hasta entonces Isaac habíase desentendido por completo del compromiso que contrajera con Juan. E innecesario decir que su madre ignoraba en absoluto la existencia de este compromiso.

Veamos cómo procedía el lector de la Biblia.

Precisamente el día de hoy, en la mañana siguiente a la noche de la llegada de la infortunada anciana al piso en que vivía Susana, el cartero le trajo dos cartas.

Reposadamente, Isaac tomó asiento en una butaca y rasgó el sobre de la dirigida a él y que estaba concebida en los términos siguientes:

«Querido hermano: Te adjunto un cheque de doscientas pesetas, que entregarás a mamá. Supongo que te será forzoso reconocer que cumplo fielmente mi promesa.

JUAN.»

Dejó la carta en una mesa y abrió la otra, dirigida a su madre. No se le ocurrió que su acto representaba una violación de correspondencia. Y, doblando el pliego, leyó:

«Querida mamá: Hace mucho tiempo que no recibo carta suya. Isaac me dice que, debido a que cada vez se encuentra peor de la vista, le cuesta a usted mucho trabajo escribir...»

No continuó leyendo; no le interesaba. Cogió el cheque y, guardándose en la cartera, como todos los anteriores, hizo pedazos la carta que Juan escribía a su madre. Lo mismo había destrozado las precedentes. No es, pues, de extrañar que el ausente no recibiera nunca la ansiada respuesta.

Después de definirse con este acto mejor que pudiéramos hacerlo nosotros con cien páginas, Isaac tomó en sus manos la Biblia y se puso a leer sus versículos con el sano propósito de fortificar su alma contra las tentaciones del pecado.

Su esposa, una mujer fea, de boca sumida y aviesas intenciones, que comulgaba en las mismas ideas que su marido, vino a reunirse con él poco después.

—¿Te ha escrito Juan?—le preguntó, interrumpiéndole en su piadosa lectura.

—Me ha escrito—contestó él escuetamente.

Era un hombre tan económico, que ahorraba incluso las palabras.

—¿Y te ha enviado el cheque?

—Me lo ha enviado.

—¡El Señor ha puesto sus ojos en nuestra casa!

—exclamó la mujer alzando los brazos.

—El Señor bendice a las criaturas que cumplen con sus preceptos—replicó él.

—Como nosotros, Isaac.

—Como nosotros.

Y el interesado y pintoresco matrimonio bendijo al que, desde lo alto, velaba, según ellos, por sus intereses.

Del enlace de estos seres tan compenetrados el uno con el otro, habían nacido dos niños, a quienes Isaac educaba recordándoles, viniera o no a cuento, las ventajas que se derivan para los seres virtuosos de cumplir con los mandamientos de Dios.

Los pequeños no podían discernir aún la eficacia de tales enseñanzas; sin embargo, el mayor observaba de cuando en cuando que lo que le decía su padre no concordaba muy bien con lo que le veía hacer.

Pero dejemos a esta familia turbia y lleguemos hasta el piso de Susana, donde la abuelita sufría toda clase de desdenes y decepciones por parte de su hija y de su yerno.

La pobrecilla procuraba con toda su buena voluntad no resultar gravosa; atendía a los trabajos más penosos, ayudaba a la limpieza y arregló de la casa, cuidaba a su nieta prodigándole sus mejores caricias, no alzaba nunca la voz, era la última en todo y, sin embargo, fácil le era advertir que su presencia no era grata.

A pesar de esto, guardaba silencio y trataba de ser agradable, reduciéndose, achicándose, como si quisiera pasar inadvertida.

A todas horas se le recordaba que si la tenían con ellos era sólo por compasión y, de paso, le hacían notar la necesidad de que pensara en dejarlos.

El marido de Susana no se recataba en decir todo lo que se le ocurría a este propósito y que era de una naturaleza tal que la buena abuelita temblaba al oírlo.

Unas veces el hombre gordo partía del principio de que los gastos iban en aumento, para llegar a la conclusión de que había que reducir las bocas de su casa.

—¡Esto no puede seguir, Susana!—decía a su mujer, estando su suegra delante.—¡Yo no puedo más! Con lo que gano no hay bastante para sostener a tantas personas.

¡Pobre vieja! Le echaban en cara lo que comía, cuando ella se alimentaba con la ración de un pájaro.

Otras veces el hombre sentaba la premisa de que estaban echando a perder a su hija con los mimos que le daban, para concluir afirmando:

—¡Todo en esta casa anda revuelto de seis meses a esta parte.

Este era el tiempo que hacía que su suegra llevaba viviendo con ellos.

Y la desgraciada madre callaba, y de noche, cuando nadie podía verla, consolaba su corazón enfermo bañándolo en las aguas lustrales de un llanto silencioso.

Una tarde oyó hablar a Susana y a su marido en la habitación contigua a la en que se hallaba con su nieta.

—¡Hay que acabar de una vez!—decía él.—Y a esto voy a ponerle yo término cortando por lo sano.

La mujer dió la razón a su marido.

—Es cierto... Mamá no quiere darse cuenta de

las cosas. ¡Ni que nosotros fuéramos sus únicos hijos!

—¿Y por qué no le hablas tú y no le dices claramente todo eso?

—Podría creer que era una falta de respeto.

—¡Que crea lo que le dé la gana!—concluyó el hombre volcando por la boca toda su brutalidad.

Asaeteada por este lenguaje en que su hija ponía una nota tan aguda como la de su marido, la viejecita no quiso seguir oyendo y prefirió retirarse a otra habitación, temiendo que Susana dijera algo irremediable, algo que acabase por cegar el cariño que la tenía.

Las consecuencias de aquella conversación no se hicieron esperar.

Avisado por una carta de su cuñado, Isaac se presentó a los pocos días. Saludó a su madre con afectada efusión y preguntó al marido de su hermana:

—¿Para qué me has llamado?

—Para decirte que he hecho más de lo que me correspondía... Tu madre lleva viviendo seis meses con nosotros... y yo no puedo seguir manteniéndola más tiempo.

—Hablas como si eso fuera para mí muy sencillo... como si yo fuera un millonario—replicó Isaac con aspereza.

El hombre gordo se exaltó:

—¡Lo dicho, yo no continúo manteniéndola más tiempo! Ahora a ti te toca decidir.

—Fíjate que en mi casa somos cuatro personas y que una más...

Ante la amenaza de tener que llevarse a su madre, a Isaac le temblaba la voz. Las doscientas pesetas

que todos los meses le enviaba Juan no entraban para nada en sus cálculos con respecto a la abuelita. Se había acostumbrado a recibir aquel dinero y lo consideraba suyo. Claro que, además, prevalecía del desconocimiento que todos sus hermanos tenían de su compromiso con Juan.

Viéndolo tan acongojado, la humilde víctima de aquella odiosa discusión intervino para decir:

—Lleva razón Isaac... Son muchas las necesidades que le crea su familia.

La inesperada defensa de su madre, envalentonó al lector de la Biblia.

—¿Lo oís?—dijo.—Son muchas las necesidades que me crea mi familia. ¡Eso es lo cierto! Y vosotros, olvidándolo, tratáis de aumentármelas.

El marido de Susana no se inmutó por este lamentó.

—¡Fastidiarse!—exclamó con desembarazo.

Y se quedó perfectamente tranquilo después de decir esta palabra, que se le antojaba contundente como una sentencia.

—Escribiré a mis hijos Tomás y Rebeca —añadió la madre.

—¡Muy buena idea!—aplaudieron todos.

—Entretanto—agregó—tú, Isaac, permíteme que viva en tu casa *un poquito de tiempo...* hasta que alguno de ellos venga a buscarme.

Con harto dolor de su corazón, Isaac se resignó.

—Si ha de ser por poco tiempo... acepto.

Y la madre se trasladó a la casa de Isaac.

Transcurrieron algunos días, y como la respuesta de Tomás y Rebeca no llegaba, Isaac comenzó a impacientarse.

—¿Tampoco ha tenido usted hoy carta?—pre-

guntaba a su madre en cuanto se levantaba, aunque ya sabía que no la había recibido.

—Acaso mañana la reciba —decía la madre.

—Espéremos entonces a mañana.

Estas eran las únicas palabras que se cruzaban entre ellos. Pero cuando Isaac no hablaba, su silencio era más elocuente que una larga requisitoria.

¡Había que ver las miradas que los esposos se dirigían en la mesa cada vez que la viejecita mordía una corteza de pan! ¡Había que admirar los aspavientos de la mujer si su suegra se atrevía a hacer más de una comida durante el día.

—¡Por Dios, mamá, que le va a hacer daño!

—¡No coma tanto, que va a tener una indigestión!

—¡Es incomprendible que a su edad conserve tan buen apetito!

Y marido y mujer intercalaban a porfía comentarios parecidos, todo porque la abuelita era capaz de tomarse un huevo pasado por agua en el almuerzo y un vasito de leche en la comida.

—¿Has visto?—preguntaba Isaac a su esposa algunas noches a la hora de acostarse.—¡Se ha echado azúcar en la leche!

—¡Nos arruinaremos!—gemía la mujer.—¡El Señor no pone ya sus ojos en nuestra casa!

Al fin llegaron las respuestas de Tomás y de Rebeca, respuestas tan *expresivas* como *carinosas*.

La abuelita, segura del buen éxito que había tenido su carta, se apresuró a leer las de sus hijos.

Primero abrió la de Tomás, el cual se expresaba en los siguientes términos:

«Querida mamá: Mi hermana Rebeca y yo hemos hablado de lo que nos dice en su carta. Naturalmente, el hecho de que usted viniera a vivir con nosotros a mí me proporcionaría un indecible placer; sin embargo, aquí usted lo pasaría muy mal, porque el clima es muy frío y, si el recuerdo no me es infiel, a usted el frío le hizo siempre mucho daño. No puede figurarse cuánto lamento que esta circunstancia me impida tener la alegría de que usted viniera a nuestro lado. Pero la salud es antes que nada.

Cúidese mucho y sabe que la quiere muy de veras su hijo,

TOMÁS.»

—¡Vaya con Tomás!—comentó la abuelita dejando la carta en su regazo.—Tiene razón; el frío me perjudicaría... Veamos lo que me dice Rebeca.

La carta de Rebeca no difería gran cosa de la de su hermano.

Decía así:

«Mi queridísima mamá: ¡Qué alegría me proporcionó la lectura de su carta! Créame, nada me complacería tanto como tener el gusto de que viviera a mi lado y ser su sostén. Hay un inconveniente, sin embargo, y es que el clima de aquí es demasiado cálido y su salud se resentiría con el calor excesivo que padecemos en esta población. Lo mejor, a mi juicio, es que siga viviendo con Isaac.

Muchos besos de su hija que no la olvida,

REBECA.»

Esto era todo lo que le decían sus hijos.

La pobre madre puso esta segunda carta junto a la otra, sin que sus labios profirieran queja alguna por aquellas respuestas tan cariñosas en la forma y tan desabridas en el fondo.



«... lo mejor, a mi juicio, es que siga viviendo con Isaac.»

—Aunque los dos viven en la misma calle de la misma población, uno dice que hace *demasiado frío* para mí... y la otra que hace *demasiado calor*.

Se conoce que no se han puesto de acuerdo antes de contestarme... ¡Vaya todo por Dios!

A esto se redujo su comentario. Pero en su corazón, la pena se hacía cada vez más grande a medida que iba recibiendo repulsas de sus hijos.

Ni qué decir tiene que a Isaac le sentó como un escopetazo la noticia de que sus hermanos, por una u otra causa, se negaban a recoger a su madre. Y entonces se dió cuenta de que, en vez de un *poquito de tiempo*, tendría que mantenerla indefinidamente.

Por mucho que lo intentó, no le fué posible hacerse a esta idea, que sublevaba sus instintos de hormiga.

Un nuevo martirio comenzó para la abuelita.

Dispuesto a no conservar a su madre en su casa, Isaac inició una táctica muy de acuerdo con su carácter hipócrita. Ya eran las alusiones veladas a la escasez de sus ingresos, ya las reticencias contra el egoísmo de sus hermanos, o bien las dolientes quejas que dirigía en voz alta a su mujer, para que le oyese quien debía, acerca de la penuria de sus recursos.

Afrentada, la madre guardaba silencio. ¿Qué iba a hacer, vieja y pobre, si se veía obligada a abandonar aquella casa?

Ante esta resistencia, Isaac recurrió a procedimientos extremos.

Claramente, sin paliativos, expuso a la anciana la imposibilidad en que se encontraba de seguir sufragando sus gastos.

—¿Y qué será de mí si no cuento contigo?—lamentóse ella.

Isaac no contestó de una manera directa a la pregunta; era esta una vieja costumbre suya.

—En casa de Susana dijo usted que vendría por poco tiempo—repuso.

—Contaba con que Tomás o Rebeca vinieran a buscarme.

—De eso yo no tengo la culpa.

Los ojos llorosos de la pobre mujer se encontraron con la mirada fría de su nuera, que asistía a esta conversación.

—Pero ¿qué voy a hacer yo?—preguntó con angustia.—¿A dónde ir?

Isaac metióse debajo de la concha de un silencio agresivo. De vez en cuando miraba a su mujer y ésta respondía a su mirada con otra con la que le animaba a mantenerse firme.

—Yo no seré una carga para ti—continuó diciendo la madre.—Trabajaré... Ganaré el pan que coma a tu mesa, ayudando a tu esposa.

—¿Y por qué no se quedó al lado de Susana y de Carlos y no se ganó el pan con ellos?

La inopinada dureza de esta pregunta aplomó a la viejecita.

Aparentemente repuesta, dijo:

—Bien; lo que tú deseas es que me vaya, ¿no es eso?

Su hijo empezó a manotear desesperadamente, agitando los brazos como si fueran aspas de molino.

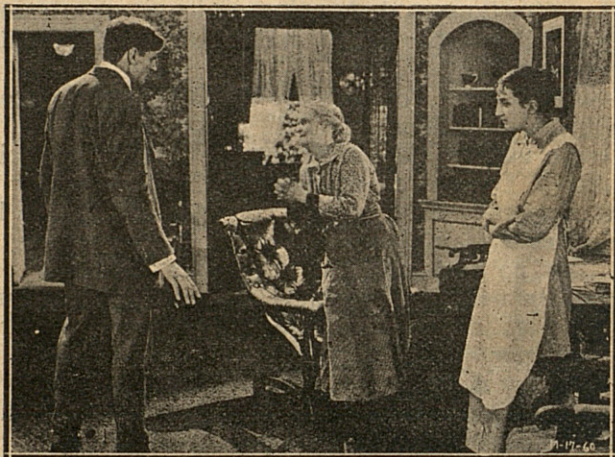
—¡No, yo no la digo que se marche!... Lo que sucede es que no gano lo suficiente para poder atender a sus gastos.

—¡A mis gastos!

—Justo... Usted come, usted...

—¡Basta, Isaac! ¡Basta!—le interrumpió ella.—
No hay para qué excitarse... Nunca hubiera creído
que fuera para ti una carga tan difícil de soportar...
Ya encontraré adonde ir...

Marido y mujer cruzaron sus miradas, como si
se dijeran: «¡Por fin!»



— Pero, ¿qué voy a hacer yo?... ¿A dónde ir?

Y ni un músculo de sus rostros se movió, cuando
añadió la madre:

—Supongo que me admitirán en el Asilo de
Pobres... y que allí podré trabajar y ganarme la
vida...

No la detuvieron.

—Siento no poder dar un beso a mis nietos—
sollozó al marcharse.

Y salió, sin oír una palabra de adiós.

Encorvadita, triste, vacilante, se encaminó hacia
el Asilo. Su pobre figura se destacaba en medio
de la carretera como un símbolo cuyo contenido
nadie supiera comprender.

No llevaba equipaje. No lo tenía. Todo se lo
había dado a sus hijos.

A un pequeño atado debajo de su brazo izquierdo
y al libro de oraciones debajo del derecho redu-
cíase toda su hacienda.

¡He aquí que la madre de seis hijos necesitaba
acogerse a la caridad!

Pero hubo una mujer, una joven, que intentó
impedir que la abnegada anciana se recluyera en
un asilo. Fué Isabel que salió a su encuentro, y al
saber cuáles eran sus propósitos trató de oponerse
a ellos con su natural bondad.

—No se vaya, señora—le rogó.—Le ofrezco mi
casa con toda mi alma... hasta que regrese Juan
Sin embargo, la abuelita no quiso aceptar.

—Gracias... mil gracias por su generoso ofreci-
miento, Isabel... Mas, aunque tarde, me he dado
cuenta de mi situación... y quiero irme... sin decir
a nadie dónde...

Y prosiguió su camino con un doloroso can-
sancio, que no sabía si era de su corazón harto de
sufrir o de sus temblorosas piernas fatigadas de
andar.

V

LA VUELTA AL HOGAR

La solución del dificultoso asunto de su madre, a Isaac le pareció admirable.

—¡Un asilo!—decía.—No se está mal en un asilo

—Pues claro—afirmaba su mujer.—Allí cuidan muy bien a los viejecitos y ellos así no tienen que molestar a nadie.

—Dame el libro santo, y tú vete a tus trabajos—ordenó Isaac de pronto.—No soy amigo de que se pierda el tiempo en mi casa.

—Ni yo—repuso su mujer.

¿A qué obedecía este súbito cambio de carácter? Acaso el remordimiento acababa de proyectar su sombra en su alma envilecida.

Para evitarse pensamientos molestos refugióse en la lectura de la Biblia, de la que le vino a distraer la entrada brusca de sus hijos.

—¿Qué es eso? ¿Por qué reñís?

La madre apareció detrás.

—Ricardo—dijo refiriéndose a su hijo varón—se niega a rezar el himno religioso.

Isaac atrajo a Ricardo y le riñó:
—¿Tú quieres ser la oveja descarriada de mi casa? ¿No temes la cólera del Señor? A ver, canta conmigo...

Y a coro, padre e hijo entonaron el himno.

Entretanto, allá en el Asilo la abuelita se arañaba las manos fregando los pisos y pensaba en sus hijos que le negaban toda caricia.

Al mismo tiempo, en casa de Carlos ninguna nube oscurecía el cielo de venturas de su esposa, que era feliz siempre que no le faltaran sedas y joyas.

Y fué sobre ella que el cielo descargó su castigo.

Una tormenta terrible habíase desencadenado sobre la ciudad.

Lucía tuvo el propósito de cerrar las ventanas de su cuarto, que estaban abiertas. Se acercó a ellas y, al ir a entornar los postigos, la furia zigzagueante de un rayo rasgó la noche, cayendo sobre la joven.

Un largo grito de dolor llevó su aviso a Carlos, que acudió precipitadamente para socorrer a su mujer, que se convulsionaba en el suelo.

Apoyándose en su marido, Lucía se incorporó. Frotóse los ojos con las manos, poseída de espanto.

—¡No veo, Carlos! ¡Estoy ciega!

Fuera seguía rugiendo el vendaval y el cielo enteró parecía cuartearse desgarrado por el rayo.

* * *

Algunos días más tarde, precisamente «el Día de las Madres»—fiesta nacional en los Estados Unidos de la América del Norte,—llegó Juan, con

la vehemencia de siempre, pensando en la alegre sorpresa que su presencia iba a causar a la anciana.

Pero la sorpresa quien la recibió fué él al entrar en la casa vacía y desmantelada.

Su madre no estaba allí.

¿Qué significaba aquel abandono?



Bruscamente, Juan se arrojó sobre él abofeteándolo.

Un trozo de velo negro, cubierto de polvo y caído en el suelo, humedeció sus ojos.

—¡Ha muerto!—pensó.

Su pensamiento proyectóse hacia Isaac. Nada le había escrito éste acerca de la muerte de su madre.

—¡Ah, el canalla se lo calló para seguir reci-

biendo el dinero que le mandaba todos los meses!—dijo.

Y rápido como una bala disparóse, dirigiéndose a la casa de su hermano.

Su cuñada lo vió venir y corrió a prevenir a su marido, en aquel momento dedicado a la substanciosa tarea de comerse una fruta.

—¡Viene Juan!... ¡Tu hermano!...

Las medias palabras de su mujer fueron suficientes. Isaac sintió que la fruta no le pasaba de la garganta. Echóse la mano al cuello para ayudarla y casi se ahogó viendo entrar a Juan.

—¿Y nuestra madre?... Yo no sabía... yo no podía saber...

Isaac miraba en todas direcciones, buscando un sitio por donde escaparse.

—¿Por qué no me escribiste?—siguió diciendo Juan.—¿Por qué no me anunciaste su fallecimiento?

Isaac respiró.

—Nuestra madre vive y se encuentra bien—dijo, esperando magníficos resultados de sus palabras.

Y, en efecto, la expresión de su hermano, dura y violenta hasta entonces, cambió en el acto. Juan creía haber recobrado la vida. Todo él sonreía con una alegría inaudita.

—¿Y dónde está?

Volvieron los apuros para el cantor de himnos religiosos.

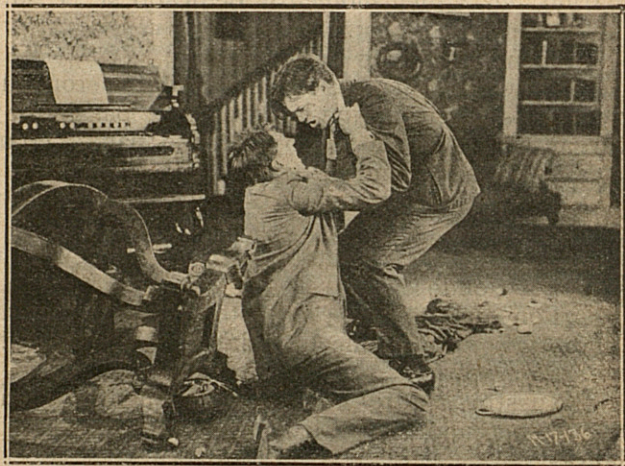
—Está en... se empeñó en ir al... Asilo de Pobres...

De nuevo volvióse fosco el semblante de Juan.

—Carlos se negó a tenerla—añadió Isaac precipitadamente.—Por lo visto Lucía no congeniaba con ella... Susana tampoco quiso que estuviera en

su casa... Lo mismo sucedió con Tomás y Rebeca... Y como no quiso quedarse aquí, conmigo... ¿qué iba yo a hacer?

Juan guardó silencio un momento. Todo aquello se le antojaba demasiado confuso. No comprendía. Tenía que recapacitar.



—¿Y qué me importa que te mueras?

Miró a su hermano fijamente, y su actitud empezó a permitirle vislumbrar la odiosa verdad.

—Pero... ¿por qué al Asilo de Pobres? ¿No te mandé más dinero del que ella hubiera necesitado para sus gastos?... Con lo que te he enviado podía vivir en cualquier parte, sin necesidad de pedir favores a nadie.

Isaac no contestó. Presentía que su hermano iba a cumplir la amenaza que un día le hiciera de castigarlo si faltaba a su compromiso; y como lo temía, sucedió.

Bruscamente, Juan se arrojó sobre él, abofeteándolo.

—¿Sabes lo que voy a hacer ahora? ¡Te voy a arrastrar hasta el Asilo de Pobres... y cuando lleguemos, te obligaré a que le pidas perdón de rodillas!

—¡Me matarás, si haces eso!—aulló Isaac, preso entre las manos de Juan, que lo zarandeaban como a un pelele.

—¿Y qué me importa que te mueras?... Tú sabes de memoria el Evangelio, ¿verdad? Y también los Mandamientos de la Ley de Dios, ¿no es eso?... Sin embargo, hay un mandamiento que nunca te he oído decir: «Honrar padre y madre!» ¡Ese, ése es el mandamiento que debiste haber recordado siempre!

—¡uéltame!—gimió Isaac.

Juan lo zarandeó, sujetándole por las solapas.

E inflexible en su justicia lo arrastró tras sí, sin oír sus súplicas ni las de su cuñada, la cual se lanzó a la calle demandando auxilio.

Por la misma carretera por la que un día marchara la madre con la pesadumbre de sus años y de su amargura, el justiciero hijo arrastraba ahora a Isaac, sordo a sus lamentos, loco de indignación...

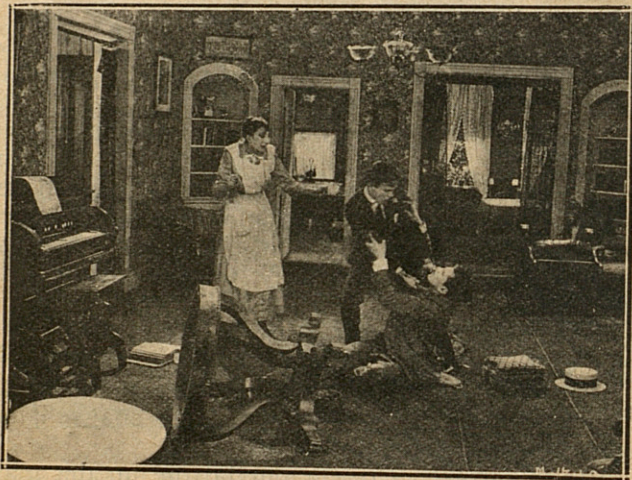
El camino polvoriento extendíase en línea recta delante de los ojos de Juan, quien pálido de ira arrastraba a su hermano golpeándole las espaldas contra el suelo, desollándole la carne contra los guijarros y castigando su infamia.

Los vecinos, avisados por las voces de la mujer de Isaac, corrieron, arremolinándose alrededor de Juan. Pero éste no se detuvo.

—¡Deja a tu hermano!—le gritaron.

El no oía.

—¡Como tú, es hijo de tu madre!



E inflexible en su justicia lo arrastró tras sí...

Miró a los que le rodeaban con ojos extrávicos.

—¡Por eso, porque es hijo de mi madre—dijo— voy a llevarle hasta el sitio a donde él la envió... hasta el Asilo de Pobres!... ¡Y a la rastra, aunque se muera en el camino!

Asustados por la terrible expresión de Juan, nadie se atrevió a detenerle.

—¿Pero por qué haces eso?—le preguntaron.
—¡Pregúntenle a él qué ha hecho del dinero que le mandé para mi viejecita todos los meses!... ¡Pregúntenle!

Al oír la tremenda acusación, callaron los vecinos, y ya no se escuchó una voz en su favor.

Roto, deshecho, magullado, Isaac aullaba de dolor, sin poder defenderse. Su cuerpo iba dejando tras sí la huella de sus heridas, ancho surco que semejava la ruta de una existencia enfangada en todas las miserias.

De entre los curiosos que presenciaban aquel castigo, destacóse un hombre que fué a prevenir a la novia de Juan.

—¡Date prisa, Isabel! ¡Corre!...

—¿Qué sucede? Cuéntame...

—No hay tiempo... Juan ha llegado y va por la carretera, como un loco, llevando a la rastra a Isaac... Quiere llevarlo así hasta el Asilo de Pobres...

En su cólera de ahora, como en su sacrificio de otros tiempos cuando, sin serlo, pasó por ladrón para salvar a su padre, ella reconoció a su prometido.

Tuvo miedo de que las consecuencias de aquella justicia se tiñeran de sangre, y echó a correr, dispuesta a impedir que el castigo pasara adelante.

—¡Juan!—gritó.

Su voz, esta vez, no ejerció influjo alguno sobre su novio.

—¿Te das cuenta de lo que estás haciendo?

No pudo detenerse. No pudo ni sonreír a Isabel.

—¿No piensas en el dolor que este espectáculo causará a tu madre?

Estas palabras fueron decisivas. Juan se detuvo. Isabel tenía razón. Y soltó a su hermano.

Libre de su ira, el joven ya no pensó más que en su vieja y en la mujercita deliciosa que tenía delante.

El grupo de vecinos se deshizo. Renqueando,



— ¡Pregúntenle a él qué ha hecho del dinero que le mandé para mi viejecita todos los meses!... ¡Pregúntenle!

todo dolorido, las piernas casi quebradas, Isaac, apoyándose en su mujer, regresó a su casa.

En pocas palabras los novios se pusieron de acuerdo para sorprender a su madre con una benévola conspiración.

Ningún día como aquél—«el Día de las Madres»—

más adecuado para hacer lo que se proponían.

—Isabel, querida mía, no te detengas... Corre y arréglalo todo para cuando lleguemos—dijo él.

—Confía en mí.

Se separaron. Con toda la agilidad de su fuerte juventud, Juan salvó la distancia que le separaba del Asilo de Pobres velozmente.

A nadie preguntó por su madre. El sabría encontrarla.

La viejecita se hallaba fregando los suelos. Juan la reconoció en seguida. De un puntapié tiró el cubo del agua, alzó a la anciana y se puso a besar su rostro como enloquecido. La besaba en las mejillas enjutas, en la boca llena de amargura, en los ojos llagados de llorar, en los cabellos blancos que aureolaban su cabeza... Y la abuelita, sorprendida, no sabía quién era el que la besaba, porque las lágrimas no la dejaban ver.

No lejos de allí, Isabel, al mismo tiempo, siguiendo las indicaciones de su novio, llevaba a la práctica la parte de la benévola conspiración, tramada entre los dos, que le correspondía.

En la casa vacía y desmantelada, la joven prestaba el concurso de su actividad barriendo, limpiando y dando órdenes a unos cuantos hombres que la obedecían sin titubear.

Dos de ellos se presentaron en el piso de Susana.

—¿Qué desean?

—Usted dispense: venimos a buscar los muebles de su madre para llevarlos a donde tenga ocasión de usarlos.

Y ante el estupor de Susana, los enviados de Isabel aramblaron con una consola, un sofá y el tocador.

El gordo marido de la hermana de Juan presenciaba la escena sin saber qué hacer. Hubiera querido pegarse con alguien, pero era prudente y contentóse con proferir unas cuantas frases de gusto dudoso.

Todo aquello lo había ideado Juan. La pobre



La directora del Asilo, rodeada de algunas viejecitas, los felicitaron al verlos.

abuelita, al fin, habíase dado cuenta de quién era el que la acariciaba con tanta vehemencia, y decía temblorosa:

—Soy tan dichosa, hijo mío... que apenas si las lágrimas me dejan verte.

Juan la tomó en sus brazos y descendió las escaleras. La directora del Asilo, rodeada de algunas

viejecitas, los felicitaron al verlos, y los ojos de las asiladas se humedecieron de emoción viendo a aquel muchacho que conducía a su madre amorosamente oprimida contra su pecho.

¡Oh, si ellas hubieran tenido un hijo así!

A la puerta del Asilo los esperaba un coche. Juan puso en él a su madre, sentóse a su lado y apremió al conductor.

—¡De prisa!

Mientras tanto, Isabel se multiplicaba arreglando el antiguo y abandonado hogar.

Los mismos hombres que se llevaron de casa de Susana los muebles que pertenecían a la abuelita, se presentaron poco después en casa de Isaac, que no pudo ni se atrevió a impedir que dismantelaran su piso.

Hundido en una butaca, el pobre hombre quejábese sin hallar tregua para su dolor. Estaba baldado.

Uno de los hombres se le acercó.

—¿Por lo visto usted no sabe que hoy es «el Día de las Madres» y que todos debemos llevar un clavel en el ojal?

Isaac lanzó un gemido.

—¡No puedo moverme!— exclamó.

Fué venturosa y dulce aquella jornada. Después de tantas lágrimas, la sonrisa maternal era como un arco iris de paz.

En el estrecho abrazo en que unían sus cariños la madre y el hijo, fundíanse, olvidados, los dolores del calvario sufrido por la abuelita y las espinas de los caminos del mundo que él tuviera que recorrer para regresar un día al lado de la santa mujer que ahora estrechaba en sus brazos.

De cuando en cuando, el cochero volvíase para gozarse con el dulce espectáculo que daban la madre y el hijo.

En su infancia, había sido compañero de escuela del joven. Era aquel Abraham de cabeza negra y redonda que en el colegio servía de blanco a los disparos del tirabalas del travieso muchacho.

El negrito sentíase también alegre y disfrutaba con la alegría de Juan. Y para dar forma a su sano regocijo, fustigaba a los caballos y lanzaba gritos inarticulados:

—¡Tió, tió!... ¡Vamos, Rascacielos! ¡Arriba, Taft!

Y animaba a los animales y hacía restallar el látigo en el aire, sacudiendo las bridas con el deseo de que su coche hiciera una carrera triunfal.

*
*
*

Muy pronto quedó dispuesta la casita,... la casita que guardaba en cada rincón un recuerdo y cada uno de cuyos muros era como una página de la vida de la adorable anciana.

El tacto y la habilidad de Isabel habían devuelto a la casa su aspecto antiguo, que ahora aparecía remozado por gracia de las manos de la joven.

Aquella era la misma casita en que la buena madre viera crecer a sus hijos, y de la que ellos salieran para crear nuevos hogares, la casita de las horas fugaces de la alegría y de las horas largas del dolor...

Cuando, conducida por Juan, entró en ella, sus ojos cegaron con la sorpresa.

—¡Hijo... mi buen hijo!—balbuceó.

El la cogió de nuevo en sus brazos y se puso a

dar vueltas, sin saber por qué, quizá porque, en su emoción, no se le ocurría otra cosa.

—¡Me mareo, Juan!

El hijo la dejó de nuevo y la madre comenzó a tocar todos los objetos que hacían revivir en su memoria algún recuerdo intenso.

De una pequeña estantería cogió una maleta de juguete y mostrósele a Juan.

—¡Te acuerdas de esto?... Fué el regalo que te hice al cumplir los siete años... Desde pequeñito siempre tuviste cierta inclinación a ser viajante.

Volvió a colocar el juguete en su sitio y se apoderó de otro.

—Esto era de *mi* Isaac...

Juan frunció el ceño.

—Recuerdo—prosiguió la madre—que sólo tenía ocho años cuando se lo dieron, como premio... por haberse aprendido los Diez Mandamientos...

Oyéndola hablar de este manera, el ceño de Juan se arrugaba cada vez más.

La abuelita colocó en sus respectivos sitios los juguetes; pero su hijo no pudo resistir que su pequeña maleta y el premio de Isaac estuvieran juntos y, sin que lo viera, volvió a separarlos.

Una voz de timbre suave, voz acariciadora, de niña y de mujer al mismo tiempo, se dejó oír:

—¡Bienvenida al hogar!

Era Isabel, que sonreía dulcemente, un poco turbada, porque también para ella aquel era el día que tanto había esperado.

La abuelita la observó complacida y observó, luego, a su hijo, que se volvió y comenzó a silbar mirando al techo.

—Comprendo—dijo la madre.—Ya desde cuando

ibas con Juan a la escuela, he acariciado la ilusión de que algún día serías mi hija.

Encendida en rubores, la joven abrazó a la anciana, y Juan llevóse la diestra a los ojos... no sabemos para qué. Parecía sonreír.

Con el brazo de Isabel en torno a su cuello, la madre no se cansaba de mirar su antigua vivienda.

Por su memoria desfilaban todos los sucesos, tristes o alegres, de su vida.

—En esa silla se sentaba José—pensaba.

Y tocaba la silla, dedicando un recuerdo al marido muerto.

—Allí, en aquel sofá, leía todas las mañanas el periódico.

Y acariciaba el sofá, cuya tela de un gris desvahlado era el testimonio de los años transcurridos.

—¡Todo está igual!—dijo.

¡Cómo se arracimaban los sucesos de toda su existencia en su corazón!

Volvía a verse, joven aún, inclinada sobre la mesa, cosiendo hasta altas horas de la noche. Volvía a verse rodeada de sus seis hijos cuando, por las mañanas, les servía el desayuno, antes de que se fueran al colegio.

¿Dónde estaban ellos, que no acudían a su lado?

Ya no se acordaba de lo que la hicieran sufrir. En su alma de madre no existía el rencor.

—¡Juan, hijo mío!—exclamó.

El joven aproximóse a ella, preguntándole:

—¿Por qué se ha puesto usted triste?

—Porque me acuerdo de los otros... ¡Qué feliz sería si todos tus hermanos estuvieran aquí!

Y como si su deseo tuviera la fuerza de un conjuero, en la puerta aparecieron Carlos y Susana.

—¡Hijos míos!

Los dos hermanos, apesadumbrados por sus culpas, venían en busca de un perdón que la abuelita nunca pensó en negarles.

—¡Madre! ¡Madre mía! ¡Me avergüenzo de mi misma!—sollozó Susana.

La viejecita volvióse a Juan.

—¿Lo ves, Juanillo?... Nunca tuvieron intención de ofenderme ni, mucho menos, de hacerme daño... ¡Ahora, ahora sí que empiezo a ser feliz!

Y besaba a sus hijos, dándoles su perdón.

—¿Cómo está tu hija?—preguntaba a Susana.— Debiste haberla traído.

Y dirigiéndose a Carlos:

—¿Y Lucía, cómo se encuentra? ¡Pobre muchacha! ¡Qué lástima que se haya quedado ciega!... Dile que uno de estos días iré a verla.

Sin embargo, aun no estaba satisfecha del todo. Le faltaban los otros hijos. Claro que Tomás y Rebeca no vendrían, viviendo como vivían en una ciudad lejana. ¿Pero por qué no venía Isaac?

En aquel instante, renqueando, arrastrando sus piernas lastimadas, Isaac apareció.

No se atrevió a traspasar los umbrales de la casa. Estaba temeroso, y en su rostro adivinábanse las huellas de una profunda tristeza.

—¡Cuidado con entrar aquí!—le gritó Juan, descompuesto por su inesperada aparición.

Isaac tendió los brazos hacia su madre, que ya se dirigía a él desatendiendo las amenazas de Juan, que agregó, refiriéndose a Carlos y a Susana:

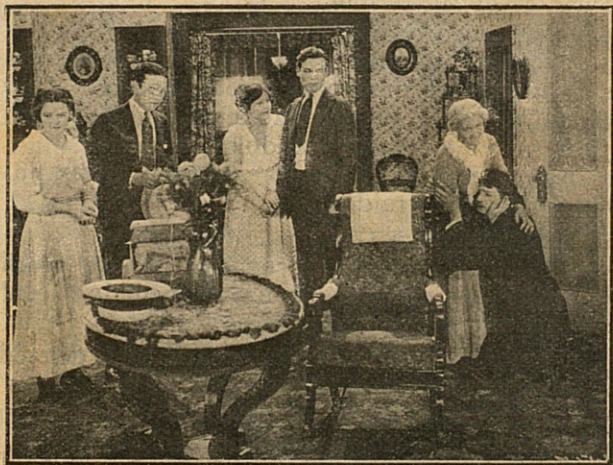
—Toleraré la presencia de estos dos, pero en cuanto a ti... ¡no te acerques!

Postrándose de hinojos, el arrepentido Isaac imploró:

—¿Me perdonarás algún día, mamá?

La abuelita alzó a su hijo y lo estrechó contra su corazón.

—Nada tengo que perdonarte—dijo.



—¿ Me perdonarás algún día, mamá ?

Y sus manos pujaron de él, entrándolo en la casa, sin que Juan, vencido, se opusiera. Era su madre la que así obraba, la buena madre que siguió diciendo con toda su ternura:

—Nada tengo que perdonarte... pero si realmente crees haber incurrido en falta, pídele a Dios que te perdone... Temo que muchas veces en

tu vida has rezado más con los labios que con el corazón.

He aquí a la anciana rodeada de nuevo de sus hijos, imponiéndose a ellos con el milagro de su cariño.

Juan sintióse también dispuesto a perdonar. Su madre se lo pedía con su mirada suplicante.

Y el hermano bueno obró el prodigio que había de hacer renacer la paz en los conturbados corazones, recordándoles, a costa de amargas lágrimas de arrepentimiento, el eterno mandato divino:

¡HONRARÁS A TU MADRE!

FIN

TITULOS
de los
LIBROS PUBLICADOS
en la
BIBLIOTECA FEMENINA
de
LA NOVELA FILM

- N.º 1 - LA MENDIGA DE SAN SULPICIO (Javier de Montépin)
N.º 2 - LA MADONA DE LAS ROSAS... (Jacinto Benavente)
N.º 3 - LOS DIEZ MANDAMIENTOS... (Cecili B. de Mille)
N.º 4 - HONRARAS A TU MADRE... (por Mary Carr)

No dude en formar esta BIBLIOTECA y se deleitará en la lectura de excelentes asuntos

PRECIO DE CADA LIBRO: **UNA PESETA**

E. 22-12-64/41

LA NOVELA FILM

PUBLICACION SELECTA SEMANAL, con salida fija todos los martes en toda España

NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	POSTAL-REGALO
1	Los Guapos o Gente brava	El prisionero de Zenda (escena)
2	Las dos riquezas	El joven Medardus (escena)
3	Vanidad femenina	La Batalla (escena)
4	Los cuatro jinetes del Apocalipsis	
5	Las esposas de los hombres ricos	Los enemigos de la mujer (escena)
6	Dering, el negro	Violetas Imperiales (escena)
7	En poder del enemigo	Rosita, la cant. callej. (escena)
8	Heliotropo	Thomas Meighan
9	Corazón triunfante	Bebé Daniels
10	Por la puerta de servicio	Douglas Mac Lean
11	Murmuración	Ethel Clayton
12	El Indomado	Charles Ray
13	Cómo aman las mujeres	Vivian Martin
14	La fuga de la novia	Roscoe Arbuckle (Fatty)
15	Por salvar a su madre	Erid Bennet
16	Juguetes del destino	Wallace Reid
17	El saldo pendiente	Lucienne Legrand
18	Los Miserables (especial)	William S. Hart
19	De florista a millonaria	Mary Miles Winter
20	El crimen del Millefleurs Parisais	Dustin Farnum
21	La coqueta irresistible	Bessie Love
22	El secreto profesional	Ramón Navarro
23	De cara a la muerte	Mabel Normand
24	¡Valiente luna de miel!	Herbert Rawlinson
25	El canto del amor triunfante	Lois Wilson
26	El Detective	Antonio Moreno
27	El Martirio del vivir	Pearl White (Perla Blanca)
28	Odette (especial)	William Farnum
29	Al borde del abismo	Dorothy Phillips
30	El milagro de Lourdes	Georges Biscot
31	El caballo de carreras	Agnes Ayres
32	Su señor y dueño	Douglas Fairbanks
33	La Madrecita	Constance Talmadge
34	La Pimpinela Escarlata	Rodolfo Valentino
35	Gorrión de Ciudad	Shirley Mason
36	La novela de una «estrella» de cine	J. Warren Kerrigan
37	La Ilíada de Homero (especial)	Pauline Frederick
38	¡Soy inocente!	Monte Blue
39	La alegría del batallón	Pola Negri
40	La papeleta de empeño	Jackie Coogan
		Mary Carr

Núms. corrientes 30 cts. :: PUBLICACIÓN DE ÉXITO CRECIENTE :: Especiales 50 cts.

L. N.

F.